



Sociología y Psicología, individuo y sociedad
Una interdisciplinariedad posible desde un enfoque psicosocial

Nidia Elena Ortiz

Trabajo de grado para optar al título de
Socióloga

Asesor
Simón Puerta Domínguez
Magister en Filosofía

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Departamento de Sociología

Medellín

2019

*Lo psicosocial es una urdimbre transdisciplinar de cinco madejas:
la literaria, la pictórica, la filosófica, la psicoanalítica, la psicosocial.*

*La relación entre el interior de lo “psico” y el exterior de lo “social”,
se puede pensar como una estructura moebiana.*

*Lo que le pasa a los otros nos pasa a cada uno
y nada de lo que pasa a cada uno deja
de tener consecuencias en los otros.*

(Carmona, 2013, p. 5)

Agradecimientos

A mi familia, por su compañía, apoyo y cariño.

A mi asesor, Simón Puerta Domínguez, por su escucha respetuosa, su lectura cuidadosa y sus valiosos aportes que orientaron y acompañaron este proceso por el mejor camino.

A mis amigos, grandes interlocutores siempre presentes en este proceso.

Tabla de contenido

Resumen	5
1. Sobre esta investigación	6
1.1 Introducción	6
1.2 Planteamiento del problema.....	8
1.2.1 Justificación.....	15
1.3 Objetivos.....	17
1.3.1 Objetivo general.....	17
1.3.2 Objetivos específicos.....	17
1.4 Diseño metodológico	18
2. Erich Fromm y su pertinencia para la reflexión sociológica	20
2.1 Acercamiento al concepto de hombre en Marx y en Fromm.....	21
2.2 Caracterización de la época: el fascismo	24
2.3 ¿Cuál es el miedo a la libertad?	28
2.4 El individuo monádico en la comprensión de la libertad humana.....	37
2.5 La dialéctica libertad y autoridad.....	40
2.6 La personalidad autoritaria	45
3. Reflexión sobre el valor contemporáneo de Erich Fromm.....	50
3.1 La modernidad y los espacios en los que se recrea la “individualidad” del consumidor.....	51
3.2 La libertad y sus mecanismos de evasión en la contemporaneidad	62
3.3 Individuo y sociedad en la conquista de la libertad: un acercamiento a la “Personalidad Democrática” en la forma contemporánea de la modernidad	70
4. A modo de cierre	78
Referencias	83

Resumen

El objetivo del presente estudio fue indagar por las formas en que la teoría sociológica ha configurado los diálogos sobre la interdisciplinariedad entre psicología y sociología para relacionar en sus análisis las categorías de individuo y sociedad, centrales para estas disciplinas de las ciencias sociales. La indagación se propuso a partir de los trabajos de Erich Fromm, como un representante paradigmático del interés en esta relación dialéctica fundamental y para la reflexión sociológica del individuo. También analizó la forma en que dicha articulación participa en la reflexión sociológica contemporánea, a través de dos autores representativos: Zygmunt Bauman y Alain Touraine, quienes conversan con el contexto actual. Esta investigación básica, de carácter cualitativo, privilegia la revisión e interpretación teórica, la cual es al mismo tiempo revisión y trabajo con los conceptos. El análisis realizado permite concluir que Fromm, especialmente, así como Bauman y Touraine como posibles interlocutores contemporáneos, desde las especificidades propias de cada época y las formas de organización social, comparten un marco sociológico para reflexionar en torno a lo psicosocial. Así, la dialéctica entre individuo y sociedad no es de carácter estático, es un proceso histórico que implica transformaciones y reflexiones interdisciplinarias en las que dialogan las ciencias sociales.

Palabras clave:

Individuo, libertad, capitalismo, personalidad autoritaria, sociedad.

1. Sobre esta investigación

1.1 Introducción

La dialéctica entre sociología y psicología, entre los estudios de la sociedad y el individuo, entra a participar en los numerosos debates que hasta el día de hoy se han generado en torno a tal articulación. Este trabajo apuesta por una de las posibles lecturas de esa interlocución entre individuo y sociedad apoyándose en autores representativos clásicos y contemporáneos para reflexionar sociológicamente una interdisciplinariedad posible desde un enfoque psicosocial. Por ello, surge el interés que guía este estudio: indagar cómo la teoría sociológica ha configurado los diálogos sobre la interdisciplinariedad entre sociología y psicología, para establecer un vínculo entre individuo y sociedad, a partir de la figura paradigmática de Erich Fromm. Con el fin de establecer acercamientos a este propósito, este trabajo presenta el siguiente desarrollo.

Inicialmente, se planteó un panorama sobre el abordaje del individuo y la sociedad desde las dimensiones sociológica y psicológica, la pregunta que guía la investigación y la relevancia que ésta tiene en el actual debate sobre la importancia de un paradigma interdisciplinar que trace nuevas rutas de comprensión a los problemas tradicionales y contemporáneos de la sociología. Posteriormente, se presentaron los antecedentes y marco conceptual, los cuales permitieron señalar las tendencias teóricas y metodológicas desde las cuales se aborda la interdisciplinariedad entre individuo y sociedad. En tercer lugar, se presentaron los objetivos general y específicos del estudio y la perspectiva metodológica que guío y apoyó su cumplimiento, el diseño metodológico se fundamenta en la investigación básica, de tipo cualitativa y hace uso de la técnica de la revisión conceptual. Igualmente, se contemplaron los lineamientos y principios éticos para el desarrollo de la investigación. Finalmente, se presenta el apartado de la discusión la cual se desarrolla en dos momentos. En el primero, se realiza una presentación y desarrollo de los conceptos de Erich Fromm a partir de su obra: *El miedo a la libertad* (1968), la cual es pertinente y de gran valor sociológico para pensar la dialéctica individuo y sociedad desde un enfoque psicosocial.

En otra vía, o en un segundo momento, -aunado o derivado del primero-, se plantea la reflexión sobre el valor contemporáneo de los planteamientos de Fromm, analizando la actualidad de sus conceptualizaciones y cómo éstas contribuyen a la comprensión de la situación moderna. De esta manera, se puede observar que los dos momentos no son aparte el uno del otro, sino que el primero hace que el segundo sea válido en términos teóricos, puesto que la legitimidad de entender el proceso como Fromm relaciona sociológicamente individuo y sociedad tiene que ver con que hay una pertinencia para pensar un mundo contemporáneo y esta gran relevancia sociológica es la que se desarrolla sobre todo en este segundo momento.

Dado que la reflexión contemporánea sobre la dialéctica entre individuo y sociedad para relacionar sociología y psicología es amplia, se ha delimitado tal análisis eligiendo dos representantes contemporáneos determinados, quienes bajo unas formas particulares han planteado tal discusión y se proponen dialogar con Fromm, ellos son: Zygmunt Bauman y su obra: *La modernidad líquida* (2003) y Alain Touraine y su obra: *Crítica de la modernidad* (1994). Cabe mencionar que con estos dos representantes contemporáneos se establece un diálogo específico desde sus diversas corrientes de pensamientos, sin embargo, con ellos no se agota la vasta discusión de la sociología contemporánea sobre el tema que nos concierne, así como tampoco con Fromm, sino que más bien, para cada caso, se puntualizan aspectos específicos desde estos representantes clásicos o contemporáneos determinados.

1.2 Planteamiento del problema

La dicotomía entre sociología y psicología, que se refleja en sus énfasis respectivos: la sociedad y el individuo, es transversal a toda la historia de la disciplina sociológica, generando discusiones en torno a sus constelaciones teóricas, históricas, modelos analíticos, concepciones epistemológicas, métodos, etc. Ambas disciplinas abordan sus objetos de estudio de manera específica y en determinadas conceptualizaciones e intervenciones se percibe una distancia que cada vez cobra más fuerza ante las necesidades sociales y demandas particulares que constituyen parte fundamental de la realidad social, lo que podrá observarse a continuación, a través de un sucinto acercamiento a ambos saberes.

Dimensión sociológica

La sociología, de acuerdo con Augusto Comte (2006) “estudia a los hombres en sociedad” (p. xxxviii). Esta amplia definición la retoman otros pensadores que, interesados por el estudio de la sociedad, proponen otras corrientes de pensamiento sociológico. Así, esta disciplina como las demás ciencias del saber, no cuenta con un único cuerpo unificado de teoría, sino que está constituida por diversidad de escuelas, paradigmas, tradiciones o corrientes que, aunque diferentes entre sí y con apuestas teóricas diversas, contribuyen a la construcción de conocimiento y a la consolidación de un campo común de ejes temáticos y problemáticos, que se convierten en el cimiento de la teoría sociológica. De esta manera, cada enfoque específico desarrolla teorías regionales, métodos, técnicas de investigación, diagnóstico e intervención propios (Plaza, 2014).

Al interior de la sociología y sus paradigmas existen tradiciones científicas, modelos clasificatorios y relaciones dicotómicas que configuran cosmovisiones diversas, a veces contrapuestas de la realidad social. Es por ello una constante el que surjan convergencias y divergencias en las que, en determinados diálogos, resulta posible o inadmisibles sostener una articulación dialéctica con otras disciplinas científicas, como es el caso de la psicología y la tradicional discusión individuo-sociedad, yo- nosotros.

La sociología privilegia las interacciones sociales, las cuales se pueden pensar desde las grandes tradiciones de conocimiento sociológico: las ciencias históricas y naturales, que permiten diálogos y antagonismos donde cada tradición define sus propios criterios para la construcción del conocimiento social. Desde las ciencias históricas, Max Weber (1969), como uno de los representantes de esta tradición, comprende la sociología como:

Una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social para de esa manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos. Por "acción" debe entenderse una conducta humana (bien consista en un hacer externo o interno, ya en un omitir o permitir) siempre que el sujeto o los sujetos de la acción enlacen a ella un sentido subjetivo (p. 5).

Para Weber (1969), la acción social es una de las categorías centrales, de ellas se generan unas subcategorías¹ que, articuladas a otros conceptos sociológicos fundamentales, le permiten proponer el método comprensivo para reflexionar sociológicamente en torno a los comportamientos y organizaciones sociales. Por su parte, Durkheim (1988), con fines metodológicos y por su énfasis en el modelo de las ciencias naturales, privilegia como objeto de estudio de la sociología los *hechos sociales*, los cuales “[...] no podrán confundirse con los fenómenos orgánicos ya que consisten en representaciones y en acciones, ni tampoco con los fenómenos psíquicos, que tienen existencia más que en la conciencia individual y por ella” (Durkheim, 1988, p. 58). Desde esta tradición la realidad es independiente de la dimensión psíquica. Así, los comportamientos humanos se explican desde la realidad social externa de los hechos sociales, lo que escapa a la voluntad y motivos de los individuos.

Estas tradiciones de conocimiento, necesarias y complementarias para la construcción de conocimiento en la disciplina sociológica, postulan que las conductas de los seres humanos no obedecen a sus elecciones individuales y psicológicas, sino que están permeadas por factores sociales, culturales, históricos y simbólicos, donde la

¹ La acción social, como toda acción, puede ser: 1) *racional con arreglo a fines*: determinada por expectativas en el comportamiento tanto de objetos del mundo exterior como de otros hombres, y utilizando esas expectativas como "condiciones" o "medios" para el logro de *fines* propios racionalmente sopesados y perseguidos. 2) *racional con arreglo a valores*: determinada por la creencia consciente en el valor -ético, estético, religioso o de cualquiera otra forma como se le interprete- propio y absoluto de una determinada conducta, sin relación alguna con el resultado, o sea puramente en méritos de ese valor, 3) *afectiva*, especialmente emotiva, determinada por afectos y estados sentimentales actuales, y 4) *tradicional*: determinada por una costumbre arraigada (Weber, 1969, p. 20).

interacción social es la premisa fundamental de la sociología como punto de partida para reflexionar en torno a cualquier relación e interacción posible en la sociedad. Si bien estas son las construcciones teóricas basales que se generan al interior de la disciplina sociológica sobre la articulación entre sociología y psicología, individuo y sociedad, a continuación se observarán algunas, que al respecto se han elaborado en la psicología.

Dimensión psicológica

Para la psicología la dimensión subjetiva e intrapsíquica es transversal en la comprensión clínica del ser humano. Entre las discusiones en torno a la conceptualización y al objeto de estudio de esta disciplina, algunas apuestas teóricas clásicas la han considerado como el estudio del alma, la ciencia de la conducta, de la mente, de la experiencia interna e inmediata factible de observar y predecir mediante procedimientos experimentales (Skinner, 1975; Watson, 1913). Tradicionalmente se ha privilegiado una comprensión psicológica determinada por los procesos mentales y el aparato psíquico. Estas conceptualizaciones enteramente intrapsíquicas y experimentales se han ido transformando paulatinamente, siendo así como para Lopera, Manrique, Zuluaga y Ortiz (2010), el interés de la psicología es:

[...] el alma, la *cultura encarnada*, que podrá definirse como el resultado del proceso de sujetación del individuo a la cultura, esto es, de la estructuración o conjugación entre lo biológico humano y las instituciones sociales creadas por el lenguaje, proceso que se consolida en la forma humana propiamente dicha (p. 209).

Esta definición, con un cariz más contemporáneo, articula los aspectos psíquicos con los socioculturales. Si bien existen unas conceptualizaciones generales sobre la psicología, resulta oportuno mencionar que las teorizaciones sobre la disciplina se enmarcan en diversidad de corrientes, enfoques o escuelas que coexisten al interior de ella: *dinámica*, con énfasis en las relaciones objetales; *humanista*, orientada a lo fenomenológico y *cognitiva*, que acoge los procesos cognitivos y mentales inmersos en el conocimiento. Estas corrientes, si bien comparten un campo en el cual confluyen, se diferencian en cuanto cada una tiene sus propios métodos, énfasis, concepciones antropológicas, filosóficas, científicas, epistemológicas e ideológicas que sustentan su abordaje y formas de intervención (Lopera et al., 2010).

Algunos de estos enfoques se han quedado en una perspectiva clásica de la psicología, que tiende a reducir este amplio saber a un enfoque psicopatológico, que cimentado en el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM,)² (Pichot, López, Aliño y Valdés, 1995), genera una serie de etiquetas diagnósticas: trastornos del estado de ánimo, psicóticos, ansiedad, somatomorfos, etc. Si bien, este saber es transversal en la formación de un psicólogo, lo problemático se genera cuando estos diagnósticos se emiten sin una anamnesis³ e historización previa de un paciente, resultando poco aportantes en un acompañamiento psicoterapéutico, pues en lugar de resaltar su historia particular, se hace un borramiento de ésta y se brinda primacía al signo, limitando un acercamiento terapeuta – paciente ético, generador de transferencia y por ende, de una resignificación y tramitación del sufrimiento que le permita una ascesis subjetiva. Por esto, resulta importante integrar y ampliar la reflexión psicológica a la interdisciplinariedad, que desde su análisis e intervención considere los aspectos psíquicos y la dimensión social, cultural, simbólica e histórica del individuo.

Desde la psicología, en la vía de establecer esta articulación psicosocial, el campo ocupacional que al día de hoy trata de integrar los aspectos individuales y sociales en la comprensión del ser humano, es la psicología social, la cual es definida por Navarro (2012) como “la ciencia que estudia las conductas humanas y los fenómenos sociales, como procesos relacionales en los cuales lo psicológico y lo colectivo son indisociables” (p. xvi). Este carácter vinculador entre lo psíquico y lo social, tradicionalmente ha representado una de las tensiones en las que la psicología social se ha visto inmersa. Desde Wundt, esta oposición persistió y constituyó el tema de muchas célebres polémicas como las realizadas entre Tarde y Durkheim (Doise, 2011). El abismo que existe entre individuo y sociedad se abre una y otra vez ante nuestro pensamiento, guardando una estrecha relación con las contradicciones entre requerimientos sociales y necesidades particulares que forman parte permanente en nuestra vida (Elías, 1990). Estas tensiones permanecen aún hoy, generando divisiones entre los abordajes teóricos y de intervención, donde las fronteras conceptuales entre

² Este manual de la Asociación Americana de Psiquiatría (American Psychiatric Association) es un sistema de clasificación de la psicopatología, que contiene las descripciones, síntomas y demás criterios clínicos que permiten a los psicólogos, psiquiatras e investigadores de las ciencias de la salud, diagnosticar los trastornos mentales.

³ Conjunto de datos que se recopilan en las entrevistas preliminares con el paciente, donde se indaga por los antecedentes familiares, personales, etc. que configuran su historia clínica. Estos datos objetivos, articulados a un saber clínico, permiten construir un diagnóstico que propicie un tratamiento y acompañamiento adecuados.

individuo y sociedad parecen irreconciliables. Sin embargo, pese a tales polémicas, la psicología social se puede considerar un punto de encuentro y análisis entre ambas disciplinas.

Este diálogo disciplinar posible se ha dado desde diversos autores, sin embargo, con el fin de participar en los debates generados en torno a la importancia de pensar sociológicamente al individuo, este estudio se apoya en las conceptualizaciones de Erich Fromm (1968) plasmadas en su obra: *El miedo a la libertad*, a través de la cual, retomando planteamientos teóricos de Sigmund Freud y de la psicología social, el autor permite pensar la necesidad de cuestionar y reflexionar histórica y culturalmente al individuo. Erich Fromm, en tanto psicoanalista y psicólogo social, insistió en la necesidad de establecer una mediación entre individuo y sociedad. Para ello se apoyó en categorías conceptuales sólidas de Sigmund Freud: el inconsciente, sus manifestaciones en la neurosis, los sueños, etc., nociones que empleó para realizar un cuidadoso análisis de los aspectos psicológicos de la crisis del tiempo actual y le permitieron plantear una rigurosa argumentación conceptual que contribuyó a la teoría sociológica, articulando el psicoanálisis a los fenómenos sociales, lo que denominó como: “*acentuación sociológica* del psicoanálisis -frente a la posición esencialmente biológica de la escuela ortodoxa-” (Fromm, 1968, p.8). Asimismo, hay que tener en cuenta que Fromm, miembro periférico pero muy influyente de la Escuela de Frankfurt, participó en diferentes proyectos y reflexiones colectivas donde su enfoque psicosocial se articuló explícitamente y para gran provecho del análisis a las aproximaciones sociológicas que definen la línea de trabajo de este grupo.

El enfoque psicosocial

Al día de hoy, es preciso considerar al hombre cultural, histórica y socialmente diferenciado, “dotado de una constitución biológica extremadamente maleable y susceptible de adaptarse a los más distintos ambientes naturales y culturales a través de su propia modificación y la del ambiente mismo” (Fromm, 1968, p.10). Esta es una premisa que desde una perspectiva psicológica es psicología social, desde la cual es posible analizar y avanzar hacia las relaciones entre los fenómenos estructurales y los psicosociales. En este campo la contribución de Fromm (1968) es muy significativa, pues el objeto de su análisis ha sido una sociedad altamente diferenciada, como la

occidental, y su propósito el de descubrir los procesos psicológicos que forman y modifican el carácter social de las distintas clases que la constituyen. Erich Fromm (1968), analizando el caso del fascismo para su época, desarrolla una construcción teórica sociológica donde aborda su preocupación interdisciplinar al articular el individuo y la sociedad, centrando su análisis, desde el punto de vista de la teoría sociológica, en presentar una interpretación de la crisis contemporánea contribuyendo a su comprensión y desde la perspectiva psicológica refiere que:

Desde el punto de vista psicológico, su análisis confirma lo que otros estudiosos han señalado una y otra vez: el fascismo, esa expresión política del *miedo a la libertad*, no es un fenómeno accidental de un momento, de un país determinado, sino que es la manifestación de una crisis profunda que abarca los cimientos mismos de nuestra civilización. Es el resultado de contradicciones que amenazan destruir no solamente la cultura occidental, sino al hombre mismo. Eliminar el peligro del fascismo significa fundamentalmente suprimir aquellas contradicciones de su doble aspecto: estructural y psicológico (Fromm, 1968, p. 16).

Teniendo en cuenta que la obra de Erich Fromm se centra en la reflexión sobre el fascismo para su época y responde a unas necesidades sentidas de su contexto histórico específico, este estudio retoma sus conceptualizaciones en torno a la relación individuo y sociedad y se propone ponerlos a dialogar en un momento contemporáneo, comprendiendo cómo aporta y enriquece la teoría sociológica, la discusión y la dialéctica individuo- sociedad de Fromm a la sociología contemporánea respecto a los problemas más modernos. De esta manera, las apuestas teóricas de Fromm, pueden ser llevadas a unos análisis más actuales a la reflexión sobre su valor contemporáneo, que permitan la generación de nuevas lecturas y la construcción de renovados significados.

Siguiendo lo anterior, debido a que la reflexión sociológica contemporánea ha sido tan ampliamente desarrollada desde diferentes pensadores, este trabajo realiza una caracterización y establece un diálogo con dos representantes de la modernidad: Zygmunt Bauman y su obra: *La modernidad líquida* (2003) y Alain Touraine y su obra: *Crítica de la modernidad* (1994). A través de estos autores es posible establecer una interlocución con la interpretación sociológica contemporánea, permitiendo comprender la situación actual entre individuo – sociedad. Resulta oportuno mencionar que aunque las interpretaciones de estos autores no son las únicas, sí son representativas y permiten

analizar y dialectizar con la actualidad social, reflexionando en torno al valor que tienen los postulados de Erich Fromm para nuestro presente socio-histórico. Con estos representantes de la sociología actual, se presenta un segundo momento que permite caracterizar el contexto contemporáneo de la modernidad capitalista para, a partir de ello, analizar esos puntos de cruce individuo-sociedad que ya planteaba la sociología de Erich Fromm. En ese sentido Bauman y Touraine facilitan la caracterización y brindan unos elementos sociológicos contemporáneos para hacer la interlocución.

Zygmunt Bauman (2003), polaco de origen judío, fue uno de los sociólogos contemporáneos que entre sus preocupaciones de aproximación disciplinar destacó las problemáticas sociales propias de la modernidad y el consumismo, centró su atención en el concepto de *modernidad líquida*. Esta metáfora la emplea para denominar el actual momento histórico de la humanidad, que él observa con características similares a los líquidos: transformaciones continuas, ausencia de una forma definida, fragilidad en los vínculos individuales y colectivos, lo que se debe a diversidad de factores en la sociedad actual: la concepción del trabajo, los medios tecnológicos, el consumismo, entre otros aspectos que permiten comprender la naturaleza del momento actual de la modernidad.

Ahora bien, Touraine (1994), sociólogo, de origen francés, enfoca sus intereses académicos hacia el estudio de los movimientos sociales y la sociedad post-industrial. En su obra *Crítica de la modernidad* propone redefinir la modernidad como la creciente separación del mundo objetivo y el de la subjetividad, con su invocación a la libertad personal, es así como introduce el tema del sujeto y la subjetivación y se cuestiona por la manera de crear mediaciones entre economía y cultura, ciencia y libertad, sujeto y razón, en el intento de que estas figuras que se han combatido o ignorado dialoguen mutuamente.

Ambos representantes de la sociología contemporánea, permiten una caracterización sociológica que facilita la interlocución y el análisis contemporáneo con Erich Fromm y la dialéctica individuo y sociedad.

1.2.1 Justificación.

“Del mismo modo que no pueden comprenderse correctamente los problemas psicológicos sin su sustrato cultural y social, tampoco pueden estudiarse los fenómenos sociales sin el conocimiento de los mecanismos psicológicos subyacentes”

(Fromm, 1968, p. 159).

Esta investigación se propuso participar y contribuir a los debates históricos y teóricos de la disciplina sociológica, en la medida en que vislumbra la necesidad de enriquecer los diálogos generados sobre la importancia de un paradigma interdisciplinar entre sociología y psicología, que propenda por la generación de nuevas rutas de comprensión a los problemas tradicionales y actuales, puesto que las fronteras que se han trazado conceptualmente, al día de hoy, están en busca de acercamientos psicosociales que permitan renovadas lecturas, conceptualizaciones y análisis contemporáneos que articulen las dimensiones sociales e intrapsíquicas en el abordaje de entramados sociales.

Aunado a lo anterior, este estudio se fundamenta en tanto puede aportar herramientas de reflexión a la psicología social, una joven disciplina que propende por incluir en sus análisis la dimensión sociocultural y simbólica que permita un enfoque amplio e integral del ser humano.

Por último, y no menos importante, este estudio representó una forma de dialectizar los intereses académicos de la investigadora: la psicología y la sociología, en tanto estableció entre ambas disciplinas diálogos posibles ante problemas tradicionales y actuales, que, como seres humanos inmersos en sociedad, nos conciernen y cuya reflexión desde los procesos de formación se configuran y reconfiguran continuamente.

Para fundamentar teóricamente la investigación se realizó una revisión de antecedentes teóricos e investigativos y se propusieron algunos constructos conceptuales que cimentaron el estudio. Por lo tanto, se presentan brevemente algunos antecedentes y referentes teóricos que orientaron el desarrollo de esta investigación, puntualizando aquellas nociones que, una vez relacionadas, permitieron reflexionar en torno a los diálogos sobre la interdisciplinariedad entre sociología y psicología.

El acercamiento a los antecedentes investigativos y teóricos permitió la identificación de dos tendencias: aquellas que se encuentran en la vía de propiciar un diálogo posible entre individuo y sociedad y aquellas que no admiten tal interlocución.

Entre las primeras, es común la identificación de la falta de claridad en la relación entre individuo y sociedad, pues tradicionalmente se ha concebido al individuo como *yo*, un ser humano particular, aislado y, a la sociedad como un *nosotros*, cúmulo, coexistencia acumulativa de personas particulares. Pese a estas diferencias en las nociones, no existe tal abismo entre individuo y sociedad y no se podrá poner en duda que los individuos dan forma a una sociedad, ni que toda sociedad es una sociedad de individuos. Ambas nociones se encuentran inseparablemente unidas, en cuanto no es posible concebir una sociología que no esté cimentada en la psicología y una psicología que no tenga implicaciones sociales (Mannheim, 1963; Elias, 1990). En la segunda tendencia, se inscribe la tradición positivista, donde uno de sus más importantes representantes es Emile Durkheim (1988), quien hace énfasis en la distinción de los aspectos psíquicos y los hechos sociales, entendidos estos últimos como:

[...] Todo modo de hacer, fijo o no que pueda ejercer una coerción exterior sobre el individuo; o también, que es general en todo el ámbito de una sociedad dada y que, al mismo tiempo, tiene una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales (p. 68).

La consideración de estas dos amplias tendencias de antecedentes, permite observar la necesidad de generar más desarrollos teóricos que contribuyan a enriquecer los diálogos posibles entre individuo y sociedad. Para ello se han elegido diversos autores que facilitan la aproximación teórica e identificación de nociones centrales para el desarrollo de este estudio.

Las nociones de: hombre, individualidad, libertad, felicidad, modernidad, sociedad y personalidad autoritaria, serán trabajados desde Marx (1844), Freud (1929), Adorno (1953), Fromm (1968), Horkheimer (1973), Mahler (1977), Touraine (1994) y Bauman (2003). Estos conceptos se consideran centrales y pertinentes para establecer un acercamiento a la interdisciplinariedad entre psicología y sociología - individuo y sociedad. Estas nociones articuladas entre sí, en un desarrollo posterior, se interrelacionaron posibilitando el análisis e interpretación sociológica que propendió por la construcción de nuevo conocimiento anclado al tema eje de estudio.

1.3 Objetivos

1.3.1 Objetivo general.

Indagar cómo la teoría sociológica ha configurado los diálogos sobre la interdisciplinariedad entre sociología y psicología para establecer un vínculo entre individuo y sociedad, a partir de la figura paradigmática de Erich Fromm.

1.3.2 Objetivos específicos.

- Identificar nodos de trabajo de algunas teorías sociológicas y psicológicas que permitan enriquecer el diálogo sobre la articulación de estas disciplinas.
- Identificar conceptos y teorías psicosociales que relacionen dialécticamente el individuo y la sociedad.
- Visibilizar los puntos de encuentro y desencuentro entre la sociología y la psicología.
- Proponer nuevas rutas de comprensión a situaciones específicas de la sociedad contemporánea, a través de autores representativos que conversan con el momento actual de la interpretación sociológica.

1.4 Diseño metodológico

En este apartado se presentan los procedimientos mediante los cuales se llevó a cabo la recolección y análisis de la información para cumplir con los objetivos planteados. Para la consideración de este diseño metodológico se tuvo en cuenta su coherencia con la pregunta y los objetivos que guían este estudio. De acuerdo con el problema de investigación, se plantea la forma de investigación básica, conceptual o también denominada fundamental, que se apoya dentro de un contexto teórico y cuyo propósito fundamental es el de desarrollar teoría mediante el descubrimiento de amplias generalizaciones o principios (Ghiso, s.f).

El tipo de investigación es cualitativa y dado su carácter teórico, se privilegia la técnica de la revisión documental, que al mismo tiempo puede entenderse como revisión conceptual que permite rastrear, ubicar, inventariar, seleccionar y consultar las fuentes y los documentos que se van a utilizar como materia prima de una investigación. Así planteada, la revisión documental no sólo es una técnica de recolección y validación de información, sino que permite la obtención de la información, el análisis y la interpretación (Galeano, 2004). De esta manera, la revisión documental es al mismo tiempo revisión conceptual o trabajo con los conceptos y trasciende la recopilación y el ordenamiento de la información, ya que facilita la formulación, construcción, configuración y re-configuración de conocimiento de acuerdo al tema y área de interés investigativo, por lo que la revisión conceptual permite la transformación y desarrollo de unos conceptos ampliamente trabajados en la sociología. Esto favorece la construcción de conocimiento a partir de un acercamiento teórico, analítico, interpretativo y argumentativo de la problemática eje de estudio.

A través de la revisión conceptual se analiza cómo teóricamente se ha trabajado desde la sociología la dialéctica posible con la psicología, lo que fácilmente podría comprenderse como parte de una “*Sociología de la sociología*”, lo cual es acorde con los procesos que algunos sociólogos como Mannheim (1963) han concebido y que la disciplina misma ha seguido. Por lo tanto, éste es un trabajo teórico, un análisis de la sociología, que trata de observar cómo sociológicamente se han construido e interrelacionado los conceptos individuo y sociedad.

Para el cumplimiento de estos objetivos, es importante mencionar que este estudio se acoge a los lineamientos y principios éticos para la realización de investigaciones de carácter teórico y que, dentro de sus consideraciones éticas, acata los criterios establecidos por la Universidad de Antioquia para su desarrollo y presentación.

Igualmente, se enfatizó en el cuidadoso análisis e interpretación que permitieron y aportaron en la construcción de conocimiento para el campo del saber en el cual se inscribe este estudio.

2. Erich Fromm y su pertinencia para la reflexión sociológica

El objetivo general que orientó esta investigación fue indagar cómo la teoría sociológica ha configurado los diálogos sobre la interdisciplinariedad entre sociología y psicología para establecer un vínculo entre individuo y sociedad, a partir de la figura paradigmática de Erich Fromm. Frente a este objetivo principal se presenta la siguiente discusión que se desarrolla en dos momentos los cuales se encuentran interrelacionados entre sí. En el primero se presenta la pertinencia de Erich Fromm para la reflexión sociológica, lo cual al mismo tiempo, introduce el segundo momento que desarrolla una reflexión sobre su gran valor contemporáneo

Este primer momento propende por la presentación de Erich Fromm y su pertinencia para la reflexión sociológica y se encuentra constituido por seis subcapítulos: en primera instancia se establece un acercamiento al concepto de hombre en Marx y Fromm y señala la importancia que tiene la sociología de Marx como base fundamental para Fromm concebir su obra. El segundo, presenta una caracterización de la época del fascismo, donde se destacan aquellas características más relevantes de este momento histórico que más allá de representar una ideología, práctica política y movimiento económico, sociocultural, representó un sistema autoritario dictatorial que incidió sobre la esfera psicológica del individuo. En tercer lugar, se interroga y discute el sentido de la libertad para el hombre, vislumbrando los elementos que la constituyen: la libertad positiva y la negativa, la libertad *de* y la libertad *para*. En cuarto lugar, se alude al individuo monádico como una figura propicia para comprender la libertad humana en la modernidad y para entender los vínculos que el ser humano contemporáneo establece consigo mismo y con los demás. En quinta instancia, se presenta la dialéctica libertad y autoridad como nociones con gran valor humano, histórico y social, necesarias para pensar un diálogo entre individuo y sociedad. Por último, se aborda el autoritarismo y la configuración de la personalidad autoritaria como mecanismos socialmente aceptados para que el individuo trate de sobrellevar el sentimiento de aislamiento individual e impotencia que le genera el tránsito de una libertad negativa a la positiva. Considero que esta aproximación permitirá dar cuenta del pensamiento sociológico de Fromm, y de cómo se propone y logra desarrollar la interdisciplinariedad que he estado señalando como de mi interés en esta monografía.

A continuación, se desarrollan cada uno de estos elementos que de manera hilvanada presentan el valor sociológico de los conceptos de Fromm (1968), quien dialogando con otros autores permite construir conocimiento sobre la dialéctica individuo y sociedad.

2.1 Acercamiento al concepto de hombre en Marx y en Fromm

Fromm (1962) en su obra: *Marx y su concepto de hombre* selecciona y analiza algunos apartados de los *Manuscritos económico – filosóficos* de Karl Marx, quien es fundamental para la construcción de sus ulteriores postulados sociológicos. Así, el concepto de hombre que es la base para Fromm pensar el miedo la libertad y sus ideas en general, tienen un fundamento importante en la sociología de Marx. A continuación, se presenta brevemente el concepto de hombre en Marx desde una interpretación de Fromm.

Para Fromm (1968) la interacción de los factores psicológicos y sociológicos constituye aspectos fundamentales para la comprensión de la crisis social y cultural a lo largo de la historia y de nuestros días, lo que conlleva a concebir el hombre como un sujeto activo en la construcción de su propia vida, como una potencialidad dada, que se transforma, se desarrolla y es producto de la historia:

La historia es la historia de la autorrealización del hombre; no es más que la autocreación del hombre a través del proceso de su trabajo y su producción; "*el total de lo que se llama historia del mundo no es más que la creación del hombre por el trabajo humano y el surgimiento de la naturaleza para el hombre, éste tiene, pues, la prueba evidente e irrefutable de su autocreación, de sus propios orígenes*" (Marx citado en Fromm, 1962, p. 38).

El hombre, como artífice de su propia historia y contando con un correlato biológico y comportamental que lo dotan de aspectos esenciales para ser el creador de lo que es y desea lograr, tiene la posibilidad de elegir libremente, de ser consciente de sí y de su ser social, lo cual se convierte en aspectos diferenciadores con respecto a los demás animales. Al respecto, (Marx citado en Fromm, 1962) refiere:

Podemos distinguir al hombre de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que se quiera. Pero el hombre mismo se diferencia de los animales a partir del momento en que comienza a *producir* sus medios de vida, paso éste que se halla condicionado por su organización corpórea. Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material. “Es muy importante comprender la idea fundamental de Marx: el hombre puede hacer su propia historia: es su propio creador” (p. 27).

El hombre en el proceso de la historia se crea a sí mismo y el factor esencial de este proceso de autocreación está en su relación con la naturaleza. El hombre, en el principio de su historia, está ciegamente atado o encadenado a la naturaleza. En el proceso de la evolución, transforma su relación con ella y, por tanto, se transforma a sí mismo. En este proceso de cambio intervienen diversidad de factores, entre ellos, el trabajo constituye un papel central ya que representa la mediación entre el hombre y la naturaleza. “El trabajo es la expresión de la vida humana y a través de él se modifica la relación del hombre con la naturaleza: de ahí que, mediante el trabajo, el hombre se modifique a sí mismo” (Marx citado en Fromm, 1962, p. 28). Esta concepción de la autorrealización del hombre a través del trabajo trasciende las categorías económicas y materiales, ya que el trabajo y el capital no son meramente fenómenos económicos, sino que afectan la totalidad de las relaciones sociales y en este sentido, la realización del sí mismo y el vínculo con los demás, lo que conlleva inmediatamente a pensar la dialéctica individuo y sociedad, que implica entender que no hay un ámbito aislado de la realidad social.

Si bien el trabajo considera el relacionamiento social esencial en el acto de transformación y autocreación para el hombre, éste puede elegir un trabajo libre o enajenado. En el primero, la realización del hombre no sólo se da como individuo sino también como especie, para Marx “cada individuo representaba a la especie, es decir, a la humanidad como un todo, la universalidad del hombre; el desarrollo del hombre conduce al desenvolvimiento de toda su humanidad” (Marx citado en Fromm, 1962, p. 60). El trabajo libre permite una relación con la naturaleza y con los demás hombres. En el segundo, el trabajo se queda en la producción material de bienes y mercancías, donde el ser humano se inserta dentro del entramado mismo de la gran industria llegando a un automatismo y una generalización de la subjetividad hasta el punto que los movimientos, comportamientos, acciones, pensamientos, incluso el tiempo extralaboral

giran en torno a la lógica misma de la producción, pasando a ser física, emocional y psicológicamente una arandela más de la gran maquinaria, lo que se convierte en un trabajo enteramente enajenado. El sujeto deja de ser activo frente a su propia vida y en su lugar, se vuelve pasivo frente a sí mismo y frente a los demás, se enajena no sólo a nivel laboral, sino también en su subjetividad. Así, la enajenación o extrañamiento de sí trascienden la esfera material llegando a un borramiento y desconocimiento del sí mismo:

[...] el hombre *no* se experimenta a sí mismo como el factor activo en su captación del mundo, sino que el mundo (la naturaleza, los demás y él mismo) permanece ajeno a él. Están por encima y en contra suya como objetos, aunque puedan ser objetos de su propia creación. La enajenación es, esencialmente, experimentar al mundo y a uno mismo pasiva, receptivamente, como sujeto separado del objeto (Marx citado en Fromm, 1962, p. 55).

En el trabajo enajenado el hombre sale de sí y no regresa a sí mismo, no se forma ni se transforma en lo que produce, por eso es trabajo enajenado, pues el trabajo en sí mismo al concebirse como libre y creativo, realmente no cumple con esta premisa y en su lugar, perpetúa una forma de esclavitud y la promoción de relaciones mercantiles. La naturaleza humana propicia la libre elección de formas que le permitan al sujeto expandirse, formarse, crearse, descubrirse, desarrollarse a sí mismo, y por ende, definirse como hombre biológica y psicológicamente, sin embargo, se enajena en las formas de relacionarse consigo mismo y con los demás. Esta paradoja que es motivo de reflexión de diversas ciencias, entre ellas la sociología y la psicología, conlleva a preguntarse por el significado de la libertad que el ser humano le ha atribuido en su devenir histórico, puesto que, paradójicamente, la libertad recién conquistada deviene en una necesidad de sujeción o de coacción para el hombre.

Para establecer un análisis sobre el significado que el hombre atribuye a la libertad, se partirá de Fromm, y su obra: *El miedo a la Libertad*, la cual fue escrita en la época del fascismo, momento histórico propicio para comprender la concepción del individuo como ser individual y social. Por lo tanto, a continuación, se brinda una caracterización sobre la época, propendiendo por contextualizar el momento histórico y facilitar una mayor comprensión del

desarrollo de los conceptos de individuo, sociedad y libertad, categorías conceptuales que están ancladas a transiciones específicas de los diferentes periodos históricos.

2.2 Caracterización de la época: el fascismo

El fascismo es una ideología y práctica política que se origina en Europa, cuyo principal objetivo es instaurar un corporativismo estatal autoritario y una forma de economía donde el gobierno ejerce una fuerte incidencia en los diversos sectores. También conocido como un sistema autoritario dictatorial, incide en todas las esferas de la vida del individuo: política, ideológica, cultural, social, económica, subjetiva y psíquica ejerciendo tal influencia que pretendía la obediencia y subordinación de la colectividad y la entera dependencia física y emocional del individuo a los preceptos emitidos por el Estado. El fascismo como sistema autoritario subordina física y psíquicamente al individuo a objetivos que obstruyen el desarrollo de su individualidad. El Estado legitima su proceder a través de la creencia que la dependencia del individuo frente a él, le libera de su miedo a la libertad, encontrando sentido a las interacciones sociales siempre y cuando estas se generan a través del Estado. Por lo tanto, toda acción individual o colectiva que se saliera de él, era repudiada. Es así como durante esta época las diversas esferas de la vida del individuo sufrieron cambios radicales y por supuesto, la estructura de la personalidad del individuo, el sentido de la vida y del sí mismo y el significado de la libertad, no estuvo exenta de tales transformaciones.

En esta dirección, Fromm (1968) realiza su estudio sobre el significado de la libertad, analizando el momento cultural de Europa durante la Baja Edad Media y el comienzo de la Edad Moderna. Para ello, propone una conceptualización teórica sociológica donde articula interdisciplinariamente el individuo y la sociedad, fundamentando su análisis desde las perspectivas sociológica y psicológica. Desde la primera, presenta una interpretación de la crisis contemporánea y desde la segunda, su reflexión ratifica que el fascismo, como sistema dictatorial que representa la expresión política del miedo a la libertad, trasciende un momento histórico de un contexto determinado y unos problemas sociales, económicos y políticos específicos y que en su lugar, se hallan problemáticas en la estructura del carácter del hombre moderno, que lo llevaron a desear el abandono de la libertad. Por lo tanto, las expresiones del fascismo

denotan una crisis profunda que es transversal a los seres humanos en los diversos periodos históricos de los individuos y de la sociedad misma.

Todo intento por comprender la atracción que el fascismo ejerce sobre grandes pueblos nos obliga a reconocer la importancia de los factores psicológicos. Pues estamos tratando aquí acerca de un sistema político, que, en su esencia, no se dirige a las fuerzas racionales del autointerés, sino que despierta y moviliza aquellas fuerzas diabólicas del hombre que creíamos inexistentes o, por lo menos, desaparecidas hace tiempo (Fromm, 1968, p. 29).

Fromm (1968), cuando caracteriza la sociedad medieval, la contrasta con la modernidad de su época, reconociendo que la mayor característica de este contraste es la concepción que se tiene de la libertad, la cual ha variado y adquirido nuevos significados a través de los diversos periodos históricos. Durante el periodo más primitivo, el hombre se hallaba supeditado al cumplimiento de un determinado rol dentro del orden social y muchas veces, a permanecer en lugares específicos. Frecuentemente no contaba ni con la libertad de vestirse como quería ni de comer lo que le gustaba, su vida personal, económica y social se hallaba dominada por reglas y obligaciones a las que prácticamente no escapaba esfera alguna de su actividad (Fromm, 1968). La persona nacía en una posición social específica que le permitía llevar un estilo de vida que respondía a la tradición. Este orden social era considerado como el orden natural, tradicional de la vida, que les otorgaba la sensación de seguridad, disfrute, libertad, sentido de pertenencia de los lugares y actividades realizadas individual y socialmente:

[...] dentro de los límites de su esfera social del individuo disfrutaba realmente de mucha libertad para poder expresar su yo en el trabajo y en su vida emocional. Aunque no existía un individualismo en el sentido moderno de elección ilimitada entre muchos modos de vida posibles (libertad de elección que en gran parte es abstracta), existía un grado considerable de *individualismo concreto de la vida real* (Fromm, 1968, p. 64).

Pese a los límites de la estructura del orden social establecido, el ser humano no se encontraba ni solo ni aislado. Si bien existía ausencia de libertad para decidir frente a determinadas actividades, posiciones, roles -que podrían nombrarse como factores externos-, internamente el individuo era libre de disfrutar de su individualidad. Estos aspectos se transformaron con el tránsito de la Edad Media al Renacimiento, donde la

sociedad y la personalidad del individuo cambiaron, predominando la economía, el poder y la competencia, decayendo la estructura social medieval y emergiendo el individuo en el sentido moderno. El Renacimiento fue entonces el periodo de una clase poderosa, donde predominaba la economía en manos de ciudadanos con amplia capacidad adquisitiva y donde la libertad individual y social adquirió un nuevo cariz:

El Renacimiento no fue una cultura de pequeños comerciantes y de pequeños burgueses, sino de ricos, nobles o ciudadanos. Su actividad económica y su riqueza les proporcionaban un sentimiento de libertad y un sentimiento de individualidad. Pero a la vez esta misma gente había perdido algo: la seguridad y el sentimiento de *pertenencia* que ofrecía la estructura medieval. Eran más libres, pero a la vez se hallaban más solos (Fromm, 1968, p. 71).

En este periodo, el ser humano hace uso del poder adquisitivo para proporcionarse placer y goce, llegando a desconocerse a sí mismo y considerando a su semejante como susceptible de ser manipulado o destruido para el logro de sus objetivos económicos, lo que genera un resquebrajamiento de los vínculos individuales y sociales y una desconfianza creciente. De esta manera, la nueva libertad otorga: “un aumento en el sentimiento de fuerza y, a la vez, aislamiento, duda y escepticismo” (Fromm, 1968, p. 71). El Renacimiento representa el comienzo del individualismo moderno y con él, se evidencia el carácter ambiguo de la libertad: ya no se encuentra determinado por la tradición generacional a una específica función dentro del orden y estructura económico - social, ya participa activamente dentro del sistema, es libre de obrar y tomar sus decisiones con independencia y razonar críticamente sin imposiciones externas, es dueño de sí mismo. Pero al mismo tiempo, lo asalta la duda y la inseguridad frente a sí mismo y los demás, lo que lo hace sentir solo, atemorizado y aislado. La capacidad adquisitiva otorgada por el capital y que le brindó al hombre la libertad, al mismo tiempo, lo hacen sentir amenazado, y las relaciones con los otros, en tanto considerados su competencia, se han resquebrajado.

Acá reside entonces, la ambigüedad de la libertad para el ser humano en la época moderna: se es libre y se siente amenazado, desamparado, impotente, insignificante y solo, por lo que encuentra refugio en el éxito, reconocimiento y poder como medios para mitigar estos sentimientos abrumadores y sentir que progresa materialmente, y así ganar confianza en sí mismo.

“El individuo llegó a sentirse más solo y más aislado; se transformó en un instrumento en las manos de fuerzas abrumadoras, exteriores a él; se volvió un *individuo*, pero un individuo azorado e inseguro” (Fromm, 1968, p. 145). El fascismo aprovechó esta condición paradójica para consolidarse.

Estas son, algunas de las características más relevantes del fascismo: el miedo a la libertad, la escisión del individuo y la sociedad, un sistema político, económico y social autoritario y una expresión de la estructura de la personalidad y del carácter igualmente autoritario que constituyeron los cimientos de la humanidad de este periodo histórico. Así, las bases del fascismo han de encontrarse en la psique, en la subjetividad del individuo y no únicamente en un sistema económico y político, “el fascismo es un problema económico y político, pero su aceptación por parte de todo un pueblo ha de ser entendida sobre una base psicológica” (Fromm, 1968, p. 233). Estos correlatos psicológicos y sociológicos desde épocas históricas hasta la actualidad ayudan a comprender y permiten cuestionarse: ¿por qué si la libertad es la conquista más valiosa del ser humano, éste hace cosas para rehuirla y encontrar nuevas formas de sumisión y aislamiento?

2.3 ¿Cuál es el miedo a la libertad?

¿Qué es la libertad como experiencia humana? ¿Es el deseo de libertad algo inherente a la naturaleza de los hombres? ¿Puede la libertad volverse una carga demasiado pesada para el hombre al punto que trate de eludirla?

(Fromm, 1968, p. 29)

El hombre, en la visión de Marx (citado en Fromm, 1962), ha creado en el curso de la historia una cultura que podría hacer suya cuando se vea libre de las cadenas, no sólo de la pobreza económica, sino de la pobreza espiritual creada por la enajenación. La visión de Marx se basa en su fe en el hombre, en sus potencialidades inherentes y reales de su esencia que se han desarrollado a lo largo de la historia. Este carácter de autocreación y creatividad humanas son aspectos esenciales de la libertad, la cual se puede concebir como autonomía, independencia, basada en la posibilidad del hombre para valerse por sus propios medios, utilizar sus propias fuerzas y vincularse con el mundo. Siguiendo a Marx, la *independencia* y la *libertad* se basan en el acto de autocreación. Un ser no se considera independiente si no es dueño de sí mismo y sólo es dueño de sí mismo cuando su existencia se debe a sí mismo. Así, la libertad es:

Hasta tal punto la esencia del hombre que hasta sus oponentes lo comprenden... Ningún hombre lucha contra la libertad; en todo caso, lucha contra la libertad de los otros. La libertad ha existido siempre, pues, en todas sus manifestaciones, sólo que algunas veces como privilegio especial y otras como derecho universal (Marx citado en Fromm, 1962, p. 72).

Concebida la libertad como privilegio especial, el hombre puede transformarse y desarrollarse a lo largo de la historia, haciendo uso de su conciencia y racionalidad, puede construir una forma desenajenada de relacionarse consigo mismo y con la sociedad, de desplegar las potencialidades humanas, elegir y ejercer su libertad. Sin embargo, pese a ser un derecho universal y a pesar que en varias esferas de su vida el individuo se ha desarrollado y participado de avances significativos en la historia, también ha aumentado su aislamiento, y la libertad recién conquistada deviene en una necesidad de coerción para el hombre. Ante esta paradoja, Fromm (1968) trata de dar cuenta del proceso de la libertad en el desarrollo e historia humana:

La existencia humana empieza cuando el grado de fijación instintiva de la conducta es inferior a cierto límite; cuando la adaptación a la naturaleza deja de tener carácter coercitivo, cuando la manera de obrar ya no es fijada por mecanismos hereditarios. En otras palabras, *la existencia humana y la libertad son inseparables desde un principio*. La noción de libertad se emplea aquí no en el sentido positivo de “libertad para”, sino en el sentido negativo de “libertad de”, es decir, liberación de la determinación instintiva del obrar (Fromm, 1968, p. 54).

La desproporción entre la libertad *de* todos los vínculos y la carencia de posibilidades *para* la realización positiva de la libertad y de la individualidad, ha conducido en Europa a la huida de la libertad y en su lugar, ha posibilitado la adquisición de nuevas ataduras y el fomento de actitudes de completa indiferencia (Fromm, 1968). La noción de libertad es central, hasta el punto de constituirse en la característica como búsqueda, como motor y como dinámica propia del proceso de individuación. Al interior del concepto de libertad, hay unos elementos positivos y unos negativos. *Libertad positiva* “consiste en la actividad espontánea de la personalidad total integrada” (Fromm, 1968, p. 284), se fundamenta en la unicidad e individualidad del hombre, la realización del yo, se refiere a la agencia posible, la realización plena de las potencialidades del individuo a partir de unas condiciones dadas, a la capacidad para vivir activa, social y espontáneamente, encontrando en el amor y en el trabajo actos creadores que permiten el acto de vivir, alude al verdadero desarrollo del ejercicio de la libertad. La libertad positiva permite establecer una inmediata dialéctica entre individuo y sociedad, lo que es todo lo contrario a la idea de la mónada o al individuo aislado, que se desarrollará más adelante.

Aunque el hombre puede ejercer la libertad positiva que contribuya a su desarrollo, se encuentra otro aspecto de la libertad donde prima la impotencia, inseguridad, aislamiento, miedo, donde asalta la duda acerca de sí mismo y de la vida, por lo que, para poder vivir, se rehúye la libertad lograda y se refugia en la *libertad negativa*, que consiste en aquellos comportamientos y actividades que limitan el desarrollo del ser a nivel individual y social haciendo del individuo un sujeto aislado, solo, temeroso, con dificultades para relacionarse consigo mismo y con su entorno. A través de la libertad negativa, el hombre puede establecer nuevos vínculos -que distan de los primarios-, primando en éstos nuevas formas de dominación y sumisión a la autoridad.

De esta manera, el hombre encuentra otras formas de adquirir una débil seguridad a expensas de su cada vez más frágil personalidad, y el sentido de su vida ahora se ancla a nuevas formas de encadenamiento.

Para Max Horkheimer (1973) la crítica a la modernidad capitalista se debe a que todo conduce a una libertad de acción, es decir, una libertad incompleta donde hay una reducción de las limitaciones circunstanciales para hacer lo que se desea. La desaparición de la libertad negativa no implica un aumento de la libertad positiva, lo que hay es únicamente una disminución de la coacción o neutralización del concepto de libertad. En los dos momentos del concepto de libertad estaría el doble juego de la palabra que recupera Horkheimer (1973) para llamar la atención, en tanto libertad negativa se tiene, pero libertad positiva no. Planteamiento que Fromm sugiere de una manera muy interesante, puesto que para él, aquello que define el curso de lo humano es el proceso de individuación; proceso mediante el cual el individuo deja de pertenecer al grupo como un mero instrumento y empieza a tener autonomía. Sin embargo, lo que se percibe es que:

[...] El hombre moderno, libre de los lazos de la sociedad pre- individualista - lazos que a la vez lo limitan y le otorgan seguridad -, no ha ganado la libertad en el sentido positivo de la realización de su ser individual, esto es, la expresión de su potencialidad intelectual, emocional y sensitiva (Fromm, 1968, p. 22).

Lo paradójico de la modernidad capitalista es que proporciona una libertad negativa y aunque ya no se pertenece a una sociedad individualista que genera una situación muy limitante para el desarrollo de la subjetividad y particularidad humana, no se logra una libertad positiva, y más allá de que se tenga la ganancia de la no coacción, esto no asegura que el ser humano realmente se mueva en una dirección diferente. Es decir, se tiene el instrumento pero no se hace nada con él. Esta es la paradoja a la que apela Fromm (1968) ampliamente, por lo que su planteamiento y la tesis misma de su obra *El miedo a la libertad* se encuentra en la vía de generar comprensiones a los cuestionamientos: ¿por qué si ya se tienen las condiciones materiales dadas para una condición de libertad positiva, no se realiza?, ¿por qué si el entorno y la situación contemporánea ya propician ante la ganancia de la libertad negativa unas condiciones determinadas, un suelo fértil, por qué no se realiza la libertad?, ¿cuál es el miedo a la libertad?, cuestionamientos que contextualizados al momento histórico, datan de la época en la que Alemania vivía el fascismo:

Hemos debido reconocer que millones de personas, en Alemania, estaban tan ansiosas de entregar su libertad como sus padres lo estuvieron de combatir por ella; que en lugar de desear la libertad, buscaban caminos para rehuirla; que otros millones de individuos permanecían indiferentes y no creían que valiera la pena luchar o morir en su defensa. También reconocemos que la crisis de la democracia no es un problema peculiar de Italia o Alemania, sino que se plantea en todo Estado moderno (Fromm, 1968, p. 27).

El autor trata de explicar por qué el acceso a un momento de alta cultura o de liberación, a la vez genera una situación de neurosis tan general en Europa y propicia una situación de búsqueda de la represión y deseos de ser sometido. Para dar cuenta y comprender este anhelo del individuo de ser dominado y no asumirse como un ser libre, sino sujeto bajo una ley opresiva, el psicoanálisis se convierte en un dispositivo esencial. Fromm (1968) se encuentra de acuerdo con Freud (1927), en tanto existe una relación entre la satisfacción de los impulsos humanos y la cultura (a mayor represión, mayor cultura -de aquí que haya un mayor riesgo de trastorno neurótico-), sin embargo, llama la atención aclarando que la cultura no es meramente represiva, sino que también posee una función creativa e innovadora “[...] la sociedad no ejerce solamente una función de represión, -aunque no deja de tenerla-, sino que también posee una función creadora” (Fromm, 1968, p. 35). La represión de Freud es, para Fromm, un mecanismo de creatividad, una dialéctica mucho más viva, más dinámica que lo que planteó el padre del psicoanálisis. Acá lo importante no es adaptar al individuo a una forma específica por más represiva que sea, sino que hay que buscar en la sociedad ese elemento represivo que no permite el despliegue de los aspectos creativos que se encuentran en ella misma.

Este es entonces el giro en la forma de abordar el problema que introduce Fromm, a partir del análisis freudiano, el cual le permitió generar una crítica social encontrando vías de análisis, señalamientos y posibilidades de realización de lo humano a través de la capacidad creadora, en medio de un contexto represivo. Así pues, este carácter innovador de la sociedad es primordial, puesto que no se concibe una crítica si no hay una posibilidad de entender que la sociedad tiene en ella misma su solución, la cual se encuentra a través de la comprensión del proceso de la estructuración psíquica del individuo, respecto a la situación de la represión o no represión social.

Por lo tanto, se plantea la categoría de adaptación, para entender cómo el ser humano, ante la situación de represión, se obliga a adaptarse creativamente a las nuevas situaciones. Al interior de esta categoría se distingue la *adaptación estática* como “una forma de adaptación a las normas que deje inalterada toda la estructura del carácter e implique simplemente la adopción de un nuevo hábito” (Fromm, 1968, p. 37), y la *adaptación dinámica*, que alude a “adaptarse a ciertas condiciones externas – especialmente las de la primera infancia-, que son en sí mismas irracionales y, además, hablando en términos generales, desfavorables al crecimiento y al desarrollo del niño” (Fromm, 1968, p. 38). Para el ser humano poderse adaptar creativamente a las nuevas situaciones que se le presentan es importante que haya transitado por la etapa de la *individuación*, la cual puede comprenderse como el proceso a través del cual el individuo se desprende de los lazos originales o vínculos primarios, los cuales pueden ser tanto físicos como simbólicos, que inciden en la estructuración de la personalidad y permiten la configuración de la identidad individual. Una vez el ser humano ha transitado por esta etapa, una nueva se le presenta: “orientarse y arriesgarse en el mundo y encontrar la seguridad siguiendo caminos distintos de los que caracterizaban su existencia preindividualista. La libertad adquiere entonces un significado diferente del que poseía antes de alcanzar esa etapa de la evolución” (Fromm, 1968, p. 38).

El primer camino que adquiere la libertad, puede ser que una vez el ser humano se ha desprendido de los vínculos primarios, puede adquirir un mayor grado de desarrollo físico, psíquico, emocional y social, lo que le posibilita una mayor estructuración del yo, de la personalidad y por ende, el relacionamiento consigo mismo y con la sociedad. El segundo camino permite comprender que en medio del proceso de la individuación se pueden generar unas limitaciones en la constitución de la propia personalidad a partir de la construcción y relacionamiento social que es tanto interno como externo, así, la victoria frente a la forma de la no libertad implicó también la anulación de aquellos elementos que estaban jugando un papel central y humano como por ejemplo, la familia, la cual, -si bien es represiva-, también brinda una serie de aspectos sociales y afectivos importantes en la configuración de la personalidad. Por lo tanto, la individuación no fue un proceso en el cual se lograra establecer nuevos nexos sociales sino que estuvo directamente ligada a la soledad.

De esta manera, es posible comprender que la individuación o el proceso de liberación del ser humano en la modernidad, no ha implicado la realización de la lógica de la familia ya sin el elemento coercitivo, sino que lo que ha permitido es una situación de pérdida o reducción de las relaciones sociales a relaciones mercantiles; así se va, con Fromm, del individuo a la sociedad, a su relación para la comprensión de un fenómeno profundo de socialización represiva. La renuncia a la familia, al mismo tiempo, generó la renuncia a aquello que era verdadero y humano en ella, como las relaciones afectivas. Así, Fromm (1968) lleva la escala del individuo a un nivel social más amplio y señala cómo esto deviene en un problema general de la sociedad:

Los vínculos primarios ofrecen la seguridad y la unión básica con el mundo exterior a uno mismo. En la medida en que el niño emerge de este mundo se da cuenta de su soledad, de ser una entidad separada de todos los demás. Esta separación de un mundo que, en comparación con la propia existencia del individuo, es fuerte y poderoso en forma abrumadora, y a menudo es también amenazador y peligroso, crea un sentimiento de angustia e impotencia. Mientras la persona formaba parte integral de ese mundo, ignorando sus posibilidades y responsabilidad de elección individual, no había por qué temerle. Pero cuando uno se ha transformado, el individuo está solo y debe enfrentar el mundo en todos sus subyugantes y peligrosos aspectos (p. 51).

Esa situación de soledad que confronta al individuo, es un proceso que en Occidente se denomina como adolescencia⁴, y permite pensar el tránsito de la pérdida de la no libertad, al acceso a un espacio donde se puede tratar de realizar la libertad positiva. Frente a esa situación de soledad hay dos salidas que resultan contradictorias, la primera alude a la sumisión o dominación del otro para acceder otra vez a las relaciones sociales y asegurarse ese nexo humano. Estas tendencias a adquirir nuevos vínculos, es una forma de sustituir los primarios y Fromm (1968) bien las analiza como mecanismos de evasión de la libertad, los cuales consisten en la inclinación a abandonar la independencia del yo individual para vincularse con agentes externos a sí mismo, con el fin de adquirir la fuerza interna de la cual se carece. Las formas más claras de estos mecanismos de evasión las constituyen los impulsos sádicos y masoquistas, los cuales

⁴ La adolescencia se define en relación a su raíz: “Adolecer”, que significa caer enfermo, o padecer una enfermedad. La adolescencia es una construcción cultural e histórica y alude al periodo de desarrollo biológico, sexual, social, cultural y psicológico del ser humano. Como proceso psíquico tiende a transformar un sujeto en sus relaciones de alienación al deseo del Otro (Mesa, 1999).

se convierten en formas propicias para evadir la soledad insoportable del ser humano. Masoquismo y sadismo no son, para Fromm, fenómenos meramente psicológicos, sino que se pueden trasladar a la comprensión sociológica del plano más general del fascismo y sus formas de organizar la vida de los individuos que lo padecen. La tendencia masoquista se caracteriza por la obtención de placer a partir de conductas de crueldad o dominación, provocados por otra persona con quien se sostenga una determinada vinculación emocional. Por su parte, el sadismo es la obtención de placer al realizar actos de sufrimiento físico y psíquico hacia el otro. Estos comportamientos masoquistas y sádicos, permiten al individuo aislado adherirse a algo o alguien con el fin de enlazar su yo, en un esfuerzo desesperado por liberarse de su yo y su personalidad, buscando vínculos secundarios que aunque lo aten y lo anclen a formas de sumisión, sufrimiento y soledad lo libran del peso abrumador de su libertad (Fromm, 1968). Estas tendencias de obediencia y dominación hacia un Otro o Gran Otro⁵ no son las únicas maneras y salidas que encuentra el hombre para hacer frente a su aislamiento y soledad individual y social, una segunda salida frente a ella la constituye la solidaridad creadora.

Sin embargo, la sumisión no es el único método para evitar la soledad y la angustia. Hay otro método, el único que es creador y no desemboca en un conflicto insoluble: *la relación espontánea hacia los hombres y la naturaleza*, relación que une al individuo con el mundo, sin privarlo de su individualidad. Este tipo de relación -cuya expresión más digna la constituyen el amor y el trabajo creador- está arraigado en la integración y en la fuerza de la personalidad total y, por lo tanto, se haya sujeto a unos ciertos límites que existen para el crecimiento del yo (Fromm, 1968, p. 52).

Esta solidaridad y capacidad creativa del sujeto para transformarse, adaptarse e individualizarse, remite a pensar en el proceso de separación – individuación⁶, categoría

⁵ El Otro o Gran Otro con mayúscula es un término fundamental de la teoría psicoanalítica, representativa en la conceptualización de Jacques Lacan. Se emplea para aludir a la alteridad, la otredad reflejada a través del lenguaje y la Ley, por lo tanto, se inscribe en el orden de lo simbólico. Para ampliar y profundizar en el concepto se puede revisar a Dylan Evans (1997). Diccionario introductorio de psicoanálisis Lacaniano.

⁶ En la obra de la psicoanalista Margareth Mahler (1977) “El nacimiento psicológico del infante humano”, se especifica el desarrollo psíquico en los primeros meses de vida. Puntualmente, la fase de separación – individuación, se genera a partir del 5 mes hasta los 36 meses de vida. A través de la diferenciación, el niño explora táctil y visualmente a la madre y a partir de la ejercitación locomotriz del gateo, adquiere la habilidad para separarse de la figura de apego, explorar el mundo y regresar a ella tras la búsqueda de recarga emocional.

muy propia de la psicología dinámica, que Mahler (1977) emplea para aludir al proceso mediante el cual el niño va desligando paulatinamente su vínculo simbiótico⁷ con la figura que le otorga seguridad y protección, para permitirse a sí mismo explorar, adaptarse e ir construyendo su propio mundo, transformarlo y transformarse de acuerdo a sus necesidades. A esta noción recurre Fromm (1968), para explicar analógicamente que:

El individuo carece de libertad en la medida en que todavía no ha cortado enteramente el cordón umbilical que –hablando en sentido figurado– lo ata al mundo exterior; pero estos lazos le otorgan a la vez la seguridad y el sentimiento de *pertenecer* a algo y de estar arraigado en alguna parte (p. 47).

En este sentido, existe un carácter ambiguo de la libertad, que se puede comprender desde una mirada psicológica y sociológica. Desde la perspectiva psicológica -siguiendo la figura analógica del cordón umbilical-, una vez el niño logra independizarse de la relación simbiótica, toma distancia de la figura materna que otorga protección y seguridad y puede empezar por sí mismo, a explorar y descubrir nuevos recursos internos y externos que le brindan confianza, fuerza del yo y autonomía para desligarse paulatinamente de los lazos libidinales que le unen a su objeto materno o quien haga las veces. Generándose entonces, un proceso de evolución, que es reforzado por el proceso de socialización secundaria que le permite finalmente, el desarrollo de su capacidad creadora, una verdadera separación-individuación, es decir, la creciente libertad. Sin embargo, en el desarrollo psicológico es posible que se generen conflictos en una de las etapas, que puede desembocar en déficits en los diferentes procesos psíquicos, lo que favorece una fuerte relación simbiótica madre e hijo, que posteriormente, podrá repercutir en el “sometimiento” a otro, la duda creciente con respecto a sí mismo y a la vida, impotencia, aislamiento, inseguridad y psicopatologías individuales y sociales. En este sentido, se carece de libertad para llevar a cabo su propio proceso de separación-individuación bajo una ilusión utópica de permanecer apegado a un vínculo que nunca proveerá los elementos necesarios para el desarrollo individual y social.

⁷ La simbiosis alude al proceso biológico mediante el cual las especies establecen entre ellas, un fuerte vínculo de apego, protección, seguridad, incluso, de violencia y agresividad. Lo normal de este proceso es que cuando la criatura adquiere la autonomía necesaria, logre independizarse de su figura de protección.

Si cada paso a la separación y la individuación fuera acompañado por un proceso de reconocimiento del *yo*, el desarrollo del niño sería armonioso. Pero esto no ocurre. Mientras el proceso de individuación se desarrolla automáticamente, el crecimiento del *yo* es dificultado por un cierto número de causas individuales y sociales. La falta de sincronización entre estos dos desarrollos origina un sentimiento insoportable de aislamiento e impotencia y esto a su vez conduce a ciertos mecanismos psíquicos (Fromm, 1968, p.53).

Este proceso de separación-individuación permite comprender sociológicamente los mecanismos sociales que el individuo utiliza y que no le permiten el normal desarrollo de su libertad positiva y su inserción y reconocimiento en el mundo como ser social. Por lo que, desde una mirada sociológica, se encuentra también un carácter ambiguo de la libertad, ya que el hombre se ha liberado de la sumisión y esclavitud que representaban las disposiciones sociales, económicas y políticas, aunado a ello, obtiene la ganancia de la libertad positiva y con ella la capacidad de ser un sujeto activo e independiente, sin embargo, al tiempo que obtiene estos beneficios, se ha liberado de los vínculos primarios que le permitían la configuración del sentido de pertenencia por un lugar, por unas personas, por el sistema.

[...] al perder su lugar fijo en un mundo cerrado, el hombre ya no posee una respuesta a las preguntas sobre el significado de su vida; el resultado está en que ahora es víctima de la duda acerca de sí mismo y del fin de su existencia. Se halla amenazado por fuerzas poderosas y suprapersonales; el capital y el mercado. Sus relaciones con los otros hombres, ahora que cada uno es un competidor potencial, se han tornado lejanas y hostiles; es libre, esto es, está solo, aislado, amenazado desde todos lados (Fromm, 1968, p. 85).

Frente a la soledad e impotencia del individuo, refugiarse en la simbiosis puede convertirse en un mecanismo de defensa⁸ para atenuar, durante un tiempo los sufrimientos y el malestar, -aunque no los suprime-, pues algunos elementos propios de la lógica del mercado, conducen al desarrollo de un tipo de personalidad que se siente impotente, angustiada, sola e insegura.

⁸ Desde la teoría psicoanalítica, los mecanismos de defensa, son mecanismos inconscientes que el *yo* emplea para atenuar aquello que resulta doloroso y que genera conmoción. Entre los más comunes encontramos: represión, intelectualización, evasión, racionalización, negación, sublimación, identificación etc.

Estos sentimientos de soledad, pueden entenderse bajo la figura de mónada, concepto de Leibnitz y que la Escuela de Frankfurt retoma para explicar cómo el sujeto es, paradójicamente en la sociedad contemporánea, un individuo aislado, cerrado, atomizado, que no se entiende como ser social y en su lugar, está dejado a su suerte en la soledad absoluta.

2.4 El individuo monádico en la comprensión de la libertad humana

La Escuela de Frankfurt retoma el concepto de mónada para expresar la forma de individualidad en la modernidad capitalista y para presentar la manera como el ser humano puede nombrarse y ser un individuo en la lógica del capitalismo, pues sólo podría serlo si se aísla de sus relaciones sociales y del establecimiento de vínculos significativos con las personas. El individuo mónada es aquel que no ha entendido que para desarrollar su individualidad, necesita de la individualidad de los otros. Es el individuo dejado a su suerte, es la soledad absoluta de la que hablaba Fromm (1968), es una categoría propia de la modernidad que permite entender al individuo en la contemporaneidad. Por lo tanto, aun cuando la libertad le proporcione al individuo independencia y racionalidad, éste se siente solo y la única alternativa posible es la de evitar la responsabilidad de la libertad positiva, así, la libertad negativa hace del sujeto un ser aislado que en su relacionamiento consigo mismo y con el mundo, le invaden los sentimientos de miedo y soledad, su personalidad e individualidad se tornan frágiles. El individuo se encuentra solo y libre, y, sin embargo, medroso e impotente. “La libertad recién conquistada aparece como una maldición; se ha librado *de* los dulces lazos del paraíso, pero no es libre *para* gobernarse a sí mismo, para realizar su individualidad” (Fromm, 1968, p. 57).

[...] el hombre, cuando más gana en libertad, en el sentido de su emergencia de la primitiva unidad indistinta con los demás y la naturaleza, y cuanto más se transforma en “individuo”, tanto más se ve en la disyuntiva de unirse al mundo en la espontaneidad del amor y del trabajo creador o bien de buscar alguna forma de seguridad que acuda a vínculos tales que destruirán su libertad y la integridad de su *yo* individual (Fromm, 1968, p. 45).

El establecimiento de vínculos determinados que obturan el desarrollo de la individualidad propicia el aislamiento, los sentimientos de minusvalía, omnipotencia del individuo y la frustración: “si se frustra la vida, si el individuo se ve aislado, abrumado por las dudas y por sentimientos de soledad e impotencia, entonces, surge un impulso de destrucción, un anhelo de sumisión o de poder” (Fromm, 1968, p. 295). Este deseo de asumir posiciones de obediencia y dominación ante un Gran Otro y la forma de goce que encuentra el ser humano ante la destrucción de sí mismo y de los demás está del lado de la pulsión de muerte o pulsión tanática, la cual se puede observar en las tendencias sádica y masoquista como formas de escapar a la soledad. Freud (1929) refiriéndose al sadismo lo expresa de la siguiente manera:

Pero aun donde emerge sin propósito sexual, incluso en la más ciega furia destructiva, es imposible desconocer que su satisfacción se enlaza con un goce narcisista extraordinariamente elevado, en la medida en que enseña al yo el cumplimiento de sus antiguos deseos de omnipotencia. Atemperada y domeñada, inhibida en su meta, la pulsión de destrucción, dirigida a los objetos, se ve forzada a procurar al yo la satisfacción de sus necesidades vitales y el dominio sobre la naturaleza (p. 117).

Lo anterior subraya los cimientos del aspecto negativo de la libertad; la exaltación de la impotencia y maldad como aspectos que coexisten en el individuo. Lutero (citado en Fromm, 1968) aducía la existencia de una maldad innata en la naturaleza humana, que dirige su voluntad hacia el mal, los comportamientos insanos y hacia una absoluta falta de libertad para elegir lo justo. Lo que se vincula con una de las premisas del psicoanálisis: “la inclinación agresiva es una disposición pulsional autónoma, originaria, del ser humano” (Freud, 1929, p. 117). Freud señaló la importancia de los impulsos agresivos, admitiendo que las tendencias destructivas son tan importantes como las sexuales, formulando así la hipótesis de que existen en el hombre dos impulsos básicos: uno dirigido hacia la vida, o pulsión de vida o pulsión erótica y una pulsión de muerte o tanática cuyo objetivo es la destrucción de la vida. Ambas pulsiones coexisten en el ser humano permitiendo comprensiones sociológicas que permiten entender las formas de vinculación que establece el individuo con su mundo y que le facilita establecer el lazo social, que aunque algunas veces resquebrajado por las formas insanas de relacionamiento, finalmente, se convierten en maneras de sociabilidad para que el individuo se desarrolle como sujeto social.

Así pues, la libertad negativa representada en agresión hacia sí mismo o hacia el otro, en aislamiento e impotencia, se le presenta al ser humano como maneras de vincularse consigo mismo y con su mundo, por eso frente a la soledad una de las posibilidades que se le presentan al sujeto es tornarse sumiso o dominante frente a otro para poder establecer de nuevo relaciones sociales. De acá que las tendencias sádica y masoquista representen una de las tantas formas de vinculación, y adquieran un papel tan importante en el contexto social al que se refiere Fromm del fascismo.

Con lo anterior, es posible comprender que el individuo monádico es aquel que para poder *ser* tiene que sacrificar sus relaciones sociales y su individualidad queda apartada del lazo social y la única forma de relacionarme con el otro, es sádicamente o de manera masoquista. Frente a esto, la respuesta de Fromm (1968) es potenciar la posibilidad que tiene el ser humano de unirse al mundo espontáneamente a través del amor y el trabajo creativo, que es lo opuesto a la actitud monádica. Siguiendo al autor, el sujeto estará en condiciones de progresar hacia la libertad positiva, estableciendo espontáneamente su conexión con el mundo en el amor y el trabajo, en la expresión genuina de sus facultades emocionales, sensitivas e intelectuales. A través del amor y el trabajo creador el individuo puede ser un sujeto social, un ser de género en términos realizados. Por esto, para Frankfurt el sujeto monádico es el opuesto al individuo social, para ellos mónada es una tragedia moderna, puesto que si el individuo quiere ser exitoso tiene que renunciar a sus nexos familiares y amorosos; si el individuo desea cumplir con los valores de la modernidad capitalista, tiene que renunciar a unos valores afectivos. El matiz sociológico que le brinda Frankfurt a la noción de mónada es precisamente la escisión individuo – sociedad, concepción que permite comprender claramente algunas ideas en Fromm, entre ellas, que la situación que propicia que haya una disposición al sadismo, al masoquismo o a algún mecanismo de evasión, es precisamente el carácter monádico en el que está el individuo. El concepto de mónada no solamente es pertinente para caracterizar al individuo de la época de Fromm, sino también para comprender el individuo de hoy.

De esta manera, en la comprensión del ser humano monádico, se torna fundamental pensar no sólo la noción de libertad, sino también la categoría de autoridad, dos conceptualizaciones que articuladas permiten reflexionar al sujeto desde las perspectivas humana, histórica y social.

2.5 La dialéctica libertad y autoridad

Partiendo de los conceptos de libertad y autoridad que son ampliamente trabajados por Fromm (1968), a continuación, se establece un diálogo con Max Horkheimer (2003), autor con el que es posible clarificar y argumentar esta dialéctica. La comprensión de Fromm entorno a la libertad y la autoridad la hace desde el psicoanálisis, y por su parte, Horkheimer retoma estas nociones y las plantea en términos más históricos y dialécticos, realizando una reivindicación humanista del concepto de autoridad, que ha sido deshumanizado por un sistema de relaciones sociales. Así, lo que para Fromm es una discusión que se entiende en términos del proceso de individuación respecto al proceso del yo, para Horkheimer va a estar ligada a su cristalización en la sociedad, en algo como la lucha y la problemática de la división de clases, permitiendo comprender la dialéctica que plantea que sin autoridad no hay libertad y que la autoridad es necesaria y fundamental. Para Horkheimer (2003) la noción de autoridad es dominante en la historia del ser humano y sólo se puede entender la situación del trabajo desde la misma lógica que el hombre ha tratado de entender por autoridad, es decir, dependencia del otro, relación donde siempre hay una coacción, limitación de la individualidad y del yo respecto a otro. Es un concepto problemático porque la autoridad como relación de dependencia implica un peligro, pero también es algo a lo que no se puede renunciar, por lo tanto, no se habla de renunciar a la autoridad, sino cómo ésta se debe entender dentro de la sociedad, sin renunciar a ella.

En cada una de las formas de sociedad, desarrolladas a partir de la indiferenciada comunidad primitiva de la prehistoria, el grueso de la población estuvo dominada, o bien por unas pocas personas, como en las situaciones relativamente antiguas y simples o bien por determinado grupo de hombres, como en las formas sociales más desarrolladas, es decir que todas estas formas estuvieron caracterizadas por relaciones de dependencia y dominación entre clases. La mayoría de los hombres siempre ha trabajado bajo la dirección y a las órdenes de una minoría y esta dependencia siempre se tradujo en una existencia material más penosa (Horkheimer, 2003, p. 96).

No es posible prescindir del concepto de autoridad, pero se debe admitir que históricamente la autoridad siempre ha implicado una situación penosa de existencia del ser humano.

Esta categoría resulta central en la historia humana porque permite entender cómo ese elemento individual de interiorización de una situación de violencia, de dominio, de dependencia deviene en una lógica social como el sistema de clases. De esta manera, Horkheimer (2003) refiere que todo lo que es consciente e inconsciente en el individuo hace parte del proceso de autoridad, de la generación de un sistema de clases, tanto lo consciente (el intelecto, las ideas, los conceptos), como la composición psíquica propia del individuo (sus deseos, sus preferencias, su vida interior), todos ellos elementos indisociables que denotan la importancia de la articulación entre lo consciente y lo inconsciente. Por lo tanto, no se puede entender una neurosis sin entender cómo está ligada al problema de la lucha de clases. Al mismo tiempo, no se podrá criticar la economía política, no se puede criticar en general el capitalismo, sin tener en cuenta los elementos individuales, psicológicos que definen las relaciones sociales; éste podría considerarse uno de los aportes de la Escuela de Frankfurt, fundamental del marxismo a la crítica del capitalismo. En esta dirección, entonces, lo importante es la dialéctica del concepto de autoridad, el cual no se debe relegar de la historia del ser humano, puesto que la idea de una autoridad en sí misma no es mala, lo malo es la forma que ha adquirido en la sociedad contemporánea, que no está ligada a unas características propias de los individuos, sino que son características externas a él, vinculada sobre todo a la capacidad adquisitiva.

Así, pues, la autoridad, en tanto dependencia a la que se ha prestado asentimiento, puede significar, tanto relaciones progresistas, que consulten los intereses de quienes toman parte en ellas, y favorables al desarrollo de las fuerzas humanas, como también un punto de relaciones y representaciones sociales mantenidas artificialmente, falsas desde hace mucho tiempo y contrarias a los verdaderos intereses de la mayoría (Horkheimer, 2003, p. 98).

Con la referencia a “una forma de autoridad artificiosa y falsa” el autor alude a que en el proceso histórico de la modernidad capitalista, lo que se ha dado es una neutralización del concepto de libertad, que se puede comprender como la posibilidad de lograr la medicación entre lo interno y lo externo, a través del equilibrio entre la vida interior y la realidad. El proceso de ilustración promete la realización del ser humano, sin embargo, se encuentra con el impedimento que para realizar la libertad tiene que dejar de lado un sistema de clases tal como se conoce.

Lo más necesario, lo más valioso fue reconciliar el concepto de libertad sin subordinar la conciencia a la realidad. El problema fue sobre todo que se hizo en la teoría y no se hizo en la práctica, o se hizo de una manera idealista, puesto que todo se solucionó, pero no en la realidad social, pues ésta nunca se transformó.

Si la libertad consiste en la concordancia formal entre la existencia externa y la propia decisión, entonces nada tiene que temer; basta con que cada uno acepte el acontecer histórico y su lugar en él, en lo cual consiste de hecho, según la novísima filosofía, la verdadera libertad: «Afirmar aquello que ocurre de todos modos» (Horkheimer, 2003, p. 101).

El autor quiere mostrar cómo con conceptos se trata de forzar la realidad a que no sea contradictoria, que la autoridad tal como aparece no es falsa, porque precisamente lo que sucede es que se da una categoría de autoridad donde ya el individuo en sus características propias no puede responder a esa autoridad, sino que lo que responde por él es su dinero, su herencia. Es una autoridad que tiene cada vez menos relación con el mundo; esto es, una autoridad falsa. Si se va a hablar de autoridad se debe hacer en términos de una organización, de una coordinación humana. Como se mencionaba anteriormente, las categorías de autoridad y libertad se encuentran relacionadas, y precisamente esta relación es la que permite comprender que en el capitalismo, el individuo aparezca bajo la forma concreta de la mónada, del individuo aislado y que paradójicamente, el momento en el que es posible pensar al individuo como un sujeto realmente social y libre, más allá de la coerción social, es donde más mónada se vuelve.

El individuo se ha abandonado a sí mismo, se ha aislado dejando a un lado las reales y necesarias condiciones de existencia de la sociedad. El hombre, mientras más libertad tiene, se ha tornado más aislado de sí mismo y de los demás, más sumiso frente a diversas formas de autoridad, siendo así como la libertad se afirma enmascarando la autoridad que no desaparece, denotando la relación entre autoridad y libertad, las cuales en una articulación constante permiten entender la paradoja, por un lado, el individuo mónada y por el otro, al individuo como autónomo, creador, con inteligencias múltiples que le llevan a sobresalir y sentirse especial, sin tener en cuenta que todo ese proceso que el sujeto considera como propio, depende completamente de una dinámica del mercado que no puede controlar y que es externa a él. Así, en el ámbito económico del mercado, se considera al empresario autónomo e independiente en la toma de sus decisiones, así, los productos que produce, las máquinas que emplea, la forma de reunir

sus trabajadores y máquinas y el lugar que elige para su fábrica, todo ello es consecuencia de su libre decisión, producto de su capacidad creadora y gran perspicacia empresarial (Horkheimer, 2003). De esta manera, el individuo se considera más libre en cuanto menos libertad tiene de dirimir sus formas particulares de relacionarse, en la medida en que más entiende el sistema como la realidad absoluta, como la totalidad, en cuanto más fácilmente se adapta y responde a las lógicas del mercado y la gran industria, cuando más racional es y comprende su posición y participación en la sociedad. El trabajo se desempeña bajo la dirección de personas que están investidas de autoridad gracias a sus cuantiosos recursos o a algún tipo de situaciones circunstanciales. La autoridad contemporánea adquiere el cariz de una cualidad que se genera a partir de elementos que son externos al individuo. Lo que en Marx se puede comprender como el dinero y en Fromm el impedimento para que el yo defina su posición social, y en su lugar, lo hace algo externo a la personalidad. Desde esta perspectiva, el valor del concepto de autoridad cobra importancia en la actualidad a partir del significado que adquiere en la lógica del mercado. Frente a esta connotación contemporánea se hace necesario hacer el giro de su significado negativo o ligado a la situación de represión, a un significado positivo de la autoridad que está unido a un elemento realmente humano y que precisamente, por este sentido social y humano, es una categoría de la cual no se puede prescindir.

La verdadera oposición al concepto burgués de la autoridad reside en eliminar de esta el interés egoísta y la explotación. Esta oposición va unida a la idea de una forma social más alta, hoy posible. Solo si las funciones de dirección y de ejecución en el trabajo no van unidas a condiciones de vida cómodas o penosas, ni están repartidas en clases sociales estables, la categoría de autoridad adopta otro significado (Horkheimer, 2003, p. 122).

La dialéctica libertad y autoridad le plantean al individuo la necesidad del otro y la consideración que el ser humano no es un ser aislado sino social, que el trabajo individual carece de sentido si no se encuentra vinculado a la actividad colectiva, lo que representa un punto de confluencia importante entre Fromm y Horkheimer, y justifica su interlocución, ya que ambos analizan dos momentos de un mismo problema, donde la autoridad y la libertad adquieren un cariz dicotómico de carácter histórico.

Horkheimer (2003), diferencia la forma capitalista de la autoridad de un concepto moral de autoridad, que guía por sus conocimientos, su experiencia, siendo así como podría existir una forma humana, distinta a la lógica capitalista donde la autoridad fuera positiva, puesto que en el capitalismo la autoridad se confunde con el valor de cambio y se desdibuja como proceso social para el logro de la libertad de los individuos.

De esta manera autoridad y libertad, buscando separarse, se unieron de la manera más estrecha posible, al punto que ninguna de las dos formas participa de manera lograda en la vida social. Tanto la autoridad, que se la concibe de manera falsa, como la libertad que se dice realizar, pero se desarrolla de forma también falsa o neutralizada, denotan que el verdadero sentido de ambas categorías se ha desdibujado y se ha perdido su carácter humano y social. Ambos conceptos, teniendo un amplio e importante papel histórico, social y humano han dejado de tenerlo y en su lugar, adquieren sentidos para la lógica del mercado. La libertad y la autoridad han tomado significados diversos para el individuo, quien frente a la soledad se ha vuelto sumiso o dependiente para poder acceder de nuevo a las relaciones sociales, lo que introduce nuevas formas de enfrentarse a la libertad a través de figuras de autoridad que le permitan obedecer y doblegarse a otro. Esto remite de nuevo al análisis sociológico de Fromm (1968), en tanto el ser humano “halla una nueva y frágil seguridad a expensas del sacrificio de la integridad de su yo individual. Prefiere perder el yo porque no puede soportar su soledad. Así, la libertad -como libertad negativa- conduce hacia nuevas cadenas” (p. 283). En esta dirección, cabe retomar algunos cuestionamientos que al respecto Fromm se plantea: ¿el sometimiento se dará siempre con respecto a una autoridad exterior, o existe también en relación con autoridades que se han internalizado, tales como el deber, o la conciencia, o con respecto a la coerción ejercida por íntimos impulsos, o frente a autoridades anónimas, como la opinión pública? ¿Hay acaso una satisfacción oculta en el sometimiento? Y si la hay, ¿en qué consiste? Estos cuestionamientos derivan a la consideración del autoritarismo y la configuración de la personalidad autoritaria.

2.6 La personalidad autoritaria

La automatización del individuo en la sociedad moderna ha aumentado el desamparo y la inseguridad del individuo medio. Así, este se halla dispuesto a someterse a aquellas nuevas autoridades capaces de ofrecerle seguridad y aliviarlo de la duda.

(Fromm, 1968, p. 230)

Frente al sentimiento de aislamiento individual y de impotencia, el ser humano no puede sobrellevar la carga que le impone el tránsito de la libertad negativa a la positiva y emplea diversos mecanismos colectivos de evasión representados por medio del éxito social o la sumisión a un “Otro” o “líder”, tal como ocurrió en los países que adoptaron el fascismo. Estas formas de evasión están social y culturalmente estructuradas y se convierten en mecanismos que, con el fin de escapar de la soledad y la impotencia, despojan al yo individual, y promueven la sumisión a nuevas formas de dominación, obediencia, conformismo con respecto a las normas sociales imperantes, lo que permite pensar en el autoritarismo y la constitución de una personalidad autoritaria (Fromm, 1968).

El éxito social es uno de los mecanismos que emplea el individuo como medio para evadirse, ocultarse y “superar” los sentimientos abrumadores de la soledad, valiéndose de los subterfugios y objetos sustitutos que otorga la sociedad consumista: “(...) La nueva libertad está destinada a crear un sentimiento profundo de inseguridad, de impotencia, de duda, de soledad y de angustia. Estos sentimientos deben ser aliviados si el individuo ha de obrar con éxito” (Fromm, 1968, p. 86). A través de objetos tangibles e intangibles tales como la rutina diaria, las actividades de ocio, los viajes, la diversión, la cada vez más marcada negación de la muerte en la sociedad tecnológica a través de la presunta belleza, la felicidad desbordante, la seguridad y la aceptación que se obtienen en el relacionamiento público y privado, constituyen formas de evasión, enmascaramiento y negación de lo real. Lo que es posible comprender a través de Freud (1929), en su obra *El Malestar en la Cultura*, cuando afirma: “los seres humanos suelen aplicar falsos raseros: poder, éxito y riqueza es lo que pretenden para sí y lo que admiran en otros, menospreciando los verdaderos valores de la vida” (p. 65).

Estos objetos supletorios –materiales y simbólicos- permiten que el individuo no se confronte con la fuente de su sufrimiento y con sus propias posibilidades y limitaciones para ejercer su libertad, encontrando en el mercado la reproducción de más objetos que se convierten en un “círculo cerrado y alienante para el sujeto, donde hay una negación de la falta de lo real con una proliferación imaginaria de necesidades y una imaginarización, a su vez, de la satisfacción” (Peláez, 2014 p. 103). De esta manera, el hombre se refugia en la creciente homogenización del individuo, donde deja de ser tal y paulatinamente se sustituye su yo auténtico por el sinnúmero de aspectos culturales y socialmente aceptados. Sin embargo, éste no es el único mecanismo de evasión de la libertad, material y simbólica, producto de la inseguridad del individuo aislado, existe otra vía que la constituye la predisposición del ser humano a entregarse y someterse voluntariamente a figuras de autoridad que invalidan su propia individualidad. Esta dirección contempla la sumisión a nuevas formas de obediencia y dominación, el autoritarismo y la constitución de una personalidad autoritaria. Esta segunda vía, justifica volver a algunos cuestionamientos que Fromm (1968) se planteaba para su época al considerar en el aspecto humano de la libertad, el ansia de sumisión y el apetito del poder, los cuales no distan de la contemporaneidad: ¿no existirá tal vez, junto a un deseo innato de libertad, un anhelo instintivo de sumisión? y si esto no existe, ¿cómo podemos explicar la atracción que sobre tantas personas ejerce actualmente el sometimiento al líder?

Para reflexionar en torno a estos planteamientos y con ellos, al autoritarismo y a la configuración de la personalidad autoritaria, un punto de referencia necesario es: *La Personalidad Autoritaria* de Theodor Adorno, Brunswik, Levinson y Sanford, (1965), quienes retomando a Fromm (1968) y otros investigadores de la Escuela Crítica de Frankfurt se apoyaron en las conceptualizaciones sociológicas y psicoanalíticas para comprender la necesidad de sumisión, dominación, la estructura del carácter y la constitución de un tipo de personalidad autoritaria. El estudio se centró en la preocupación por el sujeto fascista, cuya conclusión señala que: “las convicciones políticas, económicas y sociales de un individuo conforman a menudo una pauta amplia y coherente, cual si estuvieran unidas por una “mentalidad” o “espíritu” común; esta pauta es la expresión de profundas tendencias de la personalidad” (Adorno, et. al. 1965, p. 5).

Desde la psicología, son diversos los modelos, las perspectivas y las aproximaciones conceptuales que se encuentran sobre la personalidad⁹ y en general, se la concibe como uno de los procesos cognitivos fundamentales del ser humano. En la configuración de las tendencias de personalidad autoritaria se contemplan aspectos psicológicos, económicos, socioculturales e ideológicos, no sólo considera la estructura del carácter a nivel psíquico, sino también las estructuras socioculturales e históricas que lo determinan. Por su parte, el autoritarismo, desde el punto de vista psicológico, es una tendencia general del ser humano a ubicarse en situaciones de dominación o sumisión frente a los otros como consecuencia de una básica inseguridad del yo. El sujeto autoritario “está dominado por el miedo de ser débil y por el sentimiento de culpa” (Adorno, et. al. 1965, p. 5). El autoritarismo consiste en la imposición de la voluntad de un individuo sobre otro u otros, la adhesión a algo o a alguien, con el fin de adquirir la fuerza de la que la persona carece; esta tendencia propende por establecer vínculos como sustitutos de los primarios que se han perdido y por ello, hace uso de tendencias de carácter masoquista y sádico. La primera está constituida por sentimientos inconsciente de inferioridad, impotencia e insignificancia individual, por lo que suelen depender y someterse a factores externos reales o simbólicos: personas, instituciones. La segunda, alude a las tendencias de mandar y ejercer autoridad sobre los demás, lo que genera una cierta dependencia de la persona sádica con respecto a su objeto.

Ambas tendencias son el resultado de la necesidad del individuo producto de su incapacidad para soportar el aislamiento, por lo tanto, el sujeto aislado procura refugiarse buscando algo o a alguien a quien entregarle su libertad y sumirse a su autoridad, se esfuerza por liberarse de la libertad y volver a sentirse seguro bajo la sumisión y el establecimiento de nuevos vínculos de dominación como una forma de “librarse de la pesada carga de la libertad” (Fromm, 1968, p. 176). La autoridad desde esta perspectiva se refiere a una relación interpersonal en la que la persona se considera superior a otra. Sin embargo, la autoridad puede expresarse de manera externa o interna. La primera podría aludir a instituciones y personas investidas de autoridad.

9 Uno de los modelos de la personalidad es el bio-psico-social, que incluye un conjunto de variables biológicas y sociodemográficas, históricas y psicológicas presentes en la configuración estable de la conducta del sujeto. (Moreno, 2007, p. 6).

La segunda estaría más del lado del superyó¹⁰ y la obediencia a sus mandatos. En esta segunda vía, la autoridad se invisibiliza y en lugar de una autoridad manifiesta, lo que reina es la *autoridad anónima* que se disfraza de sentido común: ciencia, salud psíquica, normalidad, opinión pública, lo que permite que continuamente el ser humano se encuentre en presencia de la misma atmósfera de sutil sugestión que envuelve toda la vida social. La autoridad anónima es mucho más efectiva que la autoridad manifiesta, puesto que no se llega a sospechar jamás la existencia de las órdenes que de ella emanan y que deben ser cumplidas (Fromm, 1968). Tanto las formas de autoridad internas como externas son mecanismos para enfrentar el sentimiento de aislamiento que resulta ser demasiado angustiante, y en el esfuerzo por escapar de esa introversión, el sistema capitalista se adecúa a la lógica de la composición psíquica de los individuos, despojándolo de su yo individual, a través de la sumisión a nuevas formas de autoridad o por medio del conformismo compulsivo con respecto a las normas sociales imperantes (Fromm, 1968). La sumisión a nuevas expresiones de autoridad, que propicia el mundo capitalista de hoy, es posible articularlo a la luz del psicoanálisis con la relación amo y esclavo que, bajo una figura abstracta y analógica, se analiza desde Lacan (1983):

El orden de la ciencia estriba en que, de oficiante de la naturaleza, el hombre ha pasado a ser su oficioso. No la gobernará salvo obedeciéndola. Y al igual que el esclavo, intenta hacer caer a su amo bajo su dependencia sirviéndole bien (p. 440).

La relación del amo y el esclavo, que data de épocas ulteriores, sigue cobrando vigencia para metaforizar al día de hoy al Gran Otro (Peláez, 2017), representado en nuevas maneras de autoridad que, investidas en formas de proliferación desmedida de la producción y la industria, van haciendo un borramiento de la subjetividad, logrando una paulatina disminución en los tiempos del ser, donde el individuo pasa a ser parte del gran engranaje de la maquinaria de producción, que borra el deseo individual de ser uno, particular y único en medio de la generalización y la masificación.

¹⁰ El ello, yo y superyó son instancias psíquicas fundamentales de la teoría psicoanalítica con las cuales Sigmund Freud explica el funcionamiento del aparato psíquico. Brevemente se podría decir que la instancia del superyó alude a la moralidad, la internalización de la autoridad, reglas y normas. Algunas teorías refieren que se empieza a configurar a partir de los tres años con el proceso de socialización. Para ampliar y profundizar en el concepto se puede revisar a Sigmund Freud (1976). El yo y el ello y Ana Freud (1961). El yo y los mecanismos de defensa.

El tiempo del reconocimiento y acompañamiento humano uno a uno se anula, se cooptan las relaciones en la vida y en su lugar, se reconoce la industria y la gran producción en serie. Este progresivo aniquilamiento de la subjetividad es arbitrado por la figura de autoridad: el gran capitalista o el amo quien tiende a reducir la particularidad a un código y fomentar que la masificación sea el punto de partida y de llegada de la individualidad y la colectividad. La autoridad representada por el amo o la gran máquina absorbe al individuo y lo va despojando también de sus capacidades para desarrollar una actividad de forma libre y de este modo, el proceso de mecanización empieza a ejercer un dominio sobre el hombre observándose la imbricada lógica amo y esclavo.

A partir de todo lo anterior, es posible volver a Fromm para concluir que pensando desde la época del fascismo y analizando la situación que se presentaba en su momento histórico, la consideración de los aspectos psicológicos y sociológicos se convierten en pilares que cimientan la comprensión de la crisis, no sólo de la época fascista, sino también de la contemporaneidad. El hombre como transversal en la comprensión de la historia siempre se considerará como un ser activo y artífice de su propia vida, tan libre que su libertad puede adquirir un doble significado, en tanto, se ha liberado de los lazos tradicionales y ha llegado a ser un individuo, pero al mismo tiempo, se ha vuelto un ser monádico, tornándose el instrumento de propósitos que no le pertenecen, extrañándose de sí mismo y de los demás (Fromm, 1968), obturándose el desarrollo de la libertad recién adquirida, el normal proceso de separación – individuación, promoviendo el consumo de objetos, de sí mismo, de éxito social o la sumisión a nuevas formas de autoridad, lo que responde a la relación dicotómica que persiste en la actualidad, basada en factores materiales y económicos: en la lógica amo y esclavo, que inicia la cultura y que, al día de hoy permite explicar, metafóricamente, el entramado de la modernidad.

Por lo anterior, es posible volver a Fromm y retomar sus postulados teóricos, que no solamente fueron pertinentes para comprender y analizar la época del fascismo para su contexto histórico, sino que en la contemporaneidad es importante analizar su actualidad y valor sociológico y psicológico en la reflexión de los entramados de la situación moderna.

3. Reflexión sobre el valor contemporáneo de Erich Fromm

La preocupación primordial de la sociología hecha a la medida de la modernidad líquida debe ser la promoción de la autonomía y la libertad concentrándose por lo tanto, en la conciencia en entendimiento y la responsabilidad individuales.

(Bauman, 2003, p. 223)

La democracia es en primer lugar el régimen político que permite a los actores sociales formarse y obrar libremente

(Touraine, 1994, p. 321)

Considerar el enfoque psicosocial que propone Fromm para abordar la dialéctica individuo y sociedad presenta una gran pertinencia para la reflexión sociológica puesto que puntualiza y articula conceptualizaciones con el entramado social más amplio, que si bien, para su contexto era problemático, al día de hoy, adquiriendo un nuevo cariz, cobra vigencia. Si bien el abordaje de los conceptos fundamentales de Fromm se realizó desde su ámbito sociohistórico anterior, resulta fundamental retomarlos en el contexto de la sociedad capitalista, a través del diálogo con la sociología contemporánea, para lo cual, se establece una interlocución con dos grandes representantes del pensamiento sociológico moderno: Zygmunt Bauman y Alain Touraine, con quienes es posible repensar y actualizar las apuestas sociológicas de Fromm y llegar a comprensiones sobre la dialéctica individuo y sociedad teniendo en cuenta el cambio de época.

Este segundo momento de la discusión se desarrolla en tres vías que confluyen: en la primera, se presenta una contextualización de la modernidad y los espacios de consumo en los que se recrea el sujeto inmerso en sociedad, quien a partir del consumismo exacerbado busca consolidar su libertad, su identidad y seguridad personal. Esta primera vía introduce la segunda, que da cuenta de cómo en la contemporaneidad a partir de sus particularidades se generan una serie de mecanismos para evadir la libertad positiva, el relacionamiento consigo mismo y con la sociedad. Por último, se plantea la posibilidad de considerar una dialéctica contemporánea entre individuo, sociedad y libertad que retome el enfoque psicosocial. Con este desarrollo quiero establecer, entonces, una constante interlocución entre Fromm, Bauman y Touraine, quienes, desde diversos momentos históricos, coinciden en una misma preocupación en torno al individuo y la sociedad, encontrando rutas y lecturas de comprensión sociológicas complementarias.

3.1 La modernidad y los espacios en los que se recrea la “individualidad” del consumidor

Para iniciar, es preciso establecer un acercamiento al concepto de modernidad, la cual es nombrada por diversos pensadores como “sociedad moderna tardía o posmoderna”, la “sociedad de la segunda modernidad”, “la sociedad de la modernidad líquida”, “la modernidad de la racionalización y la subjetivación”. Aunque diversas las denominaciones y apostando a definiciones y nodos de pensamientos diferentes pero al mismo tiempo unificadoras y complementarias, este trabajo retoma las conceptualizaciones teóricas que sobre la modernidad han realizado Bauman y Touraine. Para el primero, el advenimiento de la modernidad y su avance se pueden evaluar y comprender a partir de diversas características, entre ellas, la puesta en escena de la vida moderna sobresale por el cambio en la relación entre espacio y tiempo, derivándose de ella todas las demás particularidades de la época (Bauman, 2003).

Para Touraine (1994) no existe una figura única de la modernidad, sino dos figuras vueltas la una hacia la otra y cuyo diálogo constituye la modernidad: la *racionalización* y la *subjetivación*, ambas aparecen al mismo tiempo, como el Renacimiento y la Reforma, que se contradicen pero que aún más se complementan. El hombre pertenece ciertamente a la naturaleza y es el objeto de un conocimiento objetivo, pero también es sujeto y subjetividad. De estos abordajes teóricos sobre la modernidad, a lo largo de este capítulo, se desarrollan y discuten algunas de estas apuestas de análisis sociológico contemporáneo. Bauman (2003) establece una comparación entre lo fluido y lo sólido para justificar su uso metafórico de lo líquido para el análisis y reflexión sociológica de la modernidad contemporánea. Para él lo sólido tiene una dimensión y fijación espacial definida, disminuyen el significado y el proceso del tiempo y no distingue la transición de los diversos periodos históricos. Mientras que los fluidos no se fijan al espacio ni se atan al tiempo, no conservan una forma durante mucho tiempo y están dispuestos a cambiar a través de su desplazamiento continuo, que impide detenerlos. Estas son algunas de las razones por las cuales lo “líquido” representa una figura metafórica idónea para aprehender lo propio y genuino de la época actual y con ella, la historia de la modernidad.

A partir de este marco de comprensión sociológica, Bauman (2003), considerando los cambios en la historia de la humanidad, repiensa algunos conceptos que solían enmarcar su discurso narrativo. Para ello su obra se centra en cinco conceptos básicos en torno de los cuales ha girado la narrativa ortodoxa de la condición humana: emancipación, individualidad, tiempo/espacio, trabajo y comunidad. Este trabajo retoma los conceptos de tiempo/ espacio e individualidad.

Desde la perspectiva escalar del espacio, el individuo puede establecer vínculos desde diferentes niveles: espacio, territorio y lugar. El espacio es considerado como un contenedor, receptáculo natural de la especie humana, es decir, una zona geográfica que puede remitir a una abstracción, a la idea de extensión, de inmensidad. El territorio es una noción con significados administrativos, socioculturales, políticos e institucionales, es algo más concreto, cercado y limitado (Gutiérrez y Sánchez, 2009). El lugar es una noción fundamental para la psicología ambiental que resalta la construcción subjetiva y simbólica del espacio, el cual cobra sentido para quienes lo habitan a través de su constante interacción, de los procesos de semantización que permiten la generación de vínculos significativos consigo mismos y con los demás y la construcción de relatos y memorias que se configuran y reconfiguran a través del tiempo, generando la sensación de pertenecer (Vidal y Pol, 2005). Así considerada esta perspectiva escalar es posible comprender por qué Bauman (2003) se refiere al espacio vacío, al *tiempo/espacio* en la era de la sociedad de la modernidad líquida, donde las personas usan el espacio y no logran apropiarse de él hasta convertirlo en lugar significado. Los íconos más representativos que se encuentran en el espacio en la modernidad han sido las fábricas fordistas que disminuían las actividades humanas a simples y rutinarios movimientos fuertemente predeterminados que debían seguirse de manera obediente y mecánica, sin intervención alguna de las facultades mentales, subjetivas y manteniendo a raya todo sesgo de espontaneidad e iniciativa individual. Lo que se encuentra en consonancia con lo que plantea Touraine (1994), para quien el industrialismo acarrea la dominación social, no sólo por el taylorismo, sino también por el nazismo y el stalinismo, que transforman la sociedad en una gran fábrica e imponen a todos y en todos los ámbitos de la vida una disciplina calcada de la disciplina de los talleres. De esta manera, el capitalismo cuanto más avanza más elimina el pensamiento racional y los sentimientos más sublimes del ser humano. Lo que sustenta la idea de que la sociedad llega a ser una gran fábrica y que el consumidor está tan controlado y disciplinado como también lo

está el trabajador. Estos planteamientos de Bauman y Touraine brindan vigencia a lo que anticipadamente Fromm (1968) ya señalaba en tanto el hombre se convierte en un engranaje más de la vasta máquina económica –un engranaje importante si posee mucho capital, uno insignificante si carece de él-, pero en todos los casos continúa siendo una arandela destinada a servir a propósitos que le son exteriores, convirtiendo al individuo en el esclavo de la gran máquina mientras él se ve a sí mismo insignificante e impotente.

Estas figuras de los grandes talleres, fábricas, industrias y máquinas es tan propia de la época moderna, como también lo son las grandes plataformas comerciales que, igualmente, se conciben como los amplios espacios de consumo que mientras más proliferan en la contemporaneidad, más aminoran todo vestigio de subjetividad posible: “los consumidores suelen compartir los espacios físicos de consumo como salas de concierto o de exhibición, sitios turísticos, de actividad deportiva, *shoppings* y cafeterías, sin mantener ningún tipo de interacción social” (Liisa Uusitalo citado en Bauman 2003, p. 105). Estos espacios son también denominados por Gerge Ritzer (2000) como “templos del consumo”, espacios donde las grandes multitudes se aglomeran en función de comprar-se /consumir-se y mientras creen acercarse a sí mismos y a los demás, realmente, se alejan de sí y de la sociedad que los circunda. Es importante aclarar que en sí misma, la idea de mercado no es un problema, se torna problemática cuando éste trasgrede el ámbito mismo del mercado y fragmenta o reemplaza el ámbito social y las relaciones sociales. El par compra-consumo se puede convertir en el pasatiempo subjetivo para poder vivir, la única que se conoce y se recrea continuamente. Estos “templos” que se difunden en el espacio invitan al consumo, a la acción compulsiva, a las formas de establecer relaciones contractuales y consumistas en cualquiera de sus formas, que pueden distar de la construcción de un lugar y con él del establecimiento de vínculos significativos, tranquilos y duraderos de los individuos consigo mismos y con los demás. A través de las grandes plataformas de consumo que día tras día se expanden en el espacio y en las grandes urbes, se pone en juego continuamente la *individualidad* y con ella, la cada vez más marcada generalización y universalización de la subjetividad. El mundo individual en la sociedad contemporánea se convierte poco a poco en el mundo del consumidor, lleno de grandes posibilidades para escoger, cuya cantidad excede los límites permitidos haciendo, cada vez más, un borramiento de la particularidad, y brindando una primacía a la generalización que bajo

diferentes medios invita continuamente al consumidor a salir de compras y a generar un afán desmedido por probar, usar, degustar y gastar.

“Ir de compras” significa examinar el conjunto de posibilidades, tocar, palpar, sopesar los productos en exhibición, comparar sus costos con el contenido de la billetera o con el límite de la tarjeta de crédito, cargar algunos en el carrito y devolver otros a su anaquel... entonces compramos tanto fuera de los comercios como dentro de ellos; compramos en la calle y en la casa, en el trabajo y en el ocio, despiertos y en sueños (Bauman, 2003, p. 79).

No hay opción de dejar productos de consumo sin evaluar, pareciera que el establecimiento de prioridades y límites no existen y si los hay, representan una frustración para el individuo porque todo lo quiere para sí. Este comportamiento Bauman (2003) lo denomina como “la compulsión convertida en adicción”; la compulsión siendo un término muy freudiano se extrapola a la lectura sociológica para explicar aquello que se repite como un círculo vicioso donde el individuo y la sociedad misma encuentran determinadas formas de goce y satisfacción a través del consumo convirtiéndose en una forma de adicción, en una necesidad imperiosa que se debe abastecer pronto, pues se cree que su satisfacción le permite al individuo ser, parecer y permanecer. Esta compulsión que en la modernidad se observa al consumo, Fromm (1968) la señalaba en función de la producción, en la medida en que el individuo se subordinaba como medio para fines económicos, puesto que trabajaba para obtener un beneficio, pero este no era obtenido con el fin de ser gastado, sino con el de ser invertido como nuevo capital; el capital así acrecentado traía nuevos beneficios que a su vez eran invertidos, siguiéndose de este modo un proceso circular infinito. Este principio de la acumulación del capital en lugar de su uso para el consumo, se convertía en una de las mayores conquistas del sistema industrial. Esta forma de compulsión a la repetición de la producción en épocas ulteriores, la vemos al día de hoy transfigurada en la compulsión al consumo, cuyo círculo se hace tan infinito que cada vez son más ilimitadas, seductoras y efímeras las posibilidades de mercancías y servicios que rápidamente representan el “boom” del momento y al poco tiempo pierden vigencia en el mercado, quedando devaluados y con ello, el consumidor queda desactualizado, y para no hacer parte de esa minoría, de inmediato reemplaza sus mercancías ya anticuadas por otras modernas, que fácilmente encuentra en la vasta competencia de ofertas en “la línea de colección” en las que adquiere lo nuevo y lo mejor, que lo ubican

de nuevo en una posición actualizada. Y así, esta compulsión a la repetición vuelve y se genera continuamente, se edita, se actualiza y el individuo se convierte en un consumidor generalizado, que borra su individualidad, que deja de pensar por sí mismo, porque la lógica de la modernidad piensa y casi que actúa por él. De manera constante le está señalando su falta, su imperfección, su condición miserable e incompleta, su soledad e infelicidad infinitas, pero al mismo tiempo, le ofrece múltiples posibilidades de cómo llenarse, cómo llegar a ser casi perfecto, cómo ser reconocido, no estar solo y ser feliz. La lógica del capitalismo le indica al individuo que son muchas las áreas de su vida en las cuales se puede desarrollar y ser más competente en el mercado y todo esto implica una “salida de compras”:

Salimos a “comprar” la capacitación necesaria para ganarnos la vida y los medios de convencer a los potenciales empleadores de que poseemos esa capacidad; a “comprar” la clase de imagen que nos convendría usar y el modo de hacer creer a los otros que somos lo que usamos; a “comprar” maneras de conseguir los nuevos amigos que deseamos y de librarnos de los amigos que ya no deseamos, maneras de atraer la atención y maneras de ocultarnos del escrutinio, maneras de extraer mayor satisfacción del amor y de no volvernos “dependientes” del amado o el amante, maneras de ganarnos el amor del amado y de terminar de la forma menos costosa esa unión cuando el amor se esfuma y la relación ya no nos complace; a “comprar” la mejor manera de ahorrar dinero para las malas épocas y de gastarlo antes de ganarlo; a “comprar” los recursos necesarios para hacer más rápido lo que tenemos que hacer y las cosas destinadas a llenar el tiempo que se nos ha quedado libre; a “comprar” los alimentos más exquisitos y la dieta más efectiva para librarnos de las consecuencias del haberlos comido, los amplificadores más potentes y de mayor fidelidad y las píldoras más eficaces contra el dolor de cabeza. La lista de compras no tiene fin. Sin embargo, por larga que sea, no incluye la opción de no salir de compras. Y la competencia más necesaria en nuestro mundo de objetivos infinitos es la del comprador diestro e infatigable (Bauman, 2003, p. 80).

Esta compulsión al consumo encuentra desde Touraine (1994) dos tipos de explicaciones. Según la primera, el consumo tiene la forma de una escala que va desde los bienes primarios e indispensables, como la alimentación, a los bienes que implican una mayor libertad de elección, como las expansiones, pasando por el vestido y la habitación.

La segunda explicación se orienta a comprender el consumo como la expresión del nivel social, pues lo que cada individuo cree que es su gusto está determinado por el lugar que ocupa en la sociedad y por su tendencia a elevarse o a descender, de suerte que el consumo se muestra estrechamente determinado por la condición social. Este círculo compulsivo convertido en adicción al consumo, resulta muy sugerente para reflexionar y dialectizar con lo que tempranamente Fromm (1968) señalaba desde otro periodo histórico en el cual existían formas compulsivas a la libertad negativa a través de figuras de dominación, autoritarismo y prácticas coercitivas físicas, psicológicas y sociales. Si bien las formas de dominación han cambiado de una época a otra desde el discurso manifiesto, la modernidad hace uso de mecanismos que adquieren un nuevo cariz explícito, pero que en el plano latente siguen imperando los mismos rostros que siendo igualmente autoritarios y dominantes, conservan en común la necesidad del ser humano de encontrar medios de evasión de la libertad positiva. Estos medios al día de hoy se evidencian a través de las constantes “salidas de compras” y el consumismo excesivo y desbordante. Para Touraine (1994), tanto en la sociedad contemporánea, como en la cultura de masas, prima el exceso en cualquiera de sus formas, el que al mismo tiempo se convierte en mecanismo de evasión para el sujeto:

Antes vivíamos en el silencio, ahora vivimos en medio del ruido; antes estábamos aislados, ahora nos perdemos en las muchedumbres, recibíamos demasiado pocos mensajes; ahora estamos bombardeados por ellos. La modernidad nos ha sacado de los límites estrechos de la cultura local en que vivíamos y nos ha lanzado a la sociedad y a la cultura de masas (p. 93).

Lo curioso de todo este exceso en el consumismo de hoy es que no se encuentra focalizado en suplir unas necesidades específicas, sino en satisfacer el deseo, una noción más etérea, fugaz, inconstante y más vaga que las necesidades. De acuerdo con Bauman (2003), el deseo es una entidad autogenerada y autoimpulsada, que se tiene a sí mismo como objeto constante, y por esta razón está condenado a seguir siendo insaciable por más largo que sea el tendal de otros objetos (físicos o psíquicos) que haya dejado a su paso. El deseo debe ser producido constantemente a través de las fantasías y anhelos.

La idea de deseo vincula el consumo con la autoexpresión, y con la ideal del gusto y la discriminación. El individuo se expresa a sí mismo por medio de sus posesiones. Pero para la sociedad capitalista avanzada, comprometida con la continua expansión de su producción, ese es un marco psicológico restrictivo, que

en última instancia crea una “economía” psíquica muy diferente. El anhelo reemplaza al deseo como fuerza motivadora del consumo (Ferguson citado en Bauman 2003, p. 81).

El deseo sigue siendo, en la sociedad contemporánea, esa entidad que Fromm (1962) ya identificaba como la mayor fuente de motivación para la mayoría de las personas, que los impulsa a obtener mayores ganancias materiales, confort y productos destinados a facilitarlos, y este deseo sólo tiene un límite: el deseo de seguridad y de evitación de riesgos. Cada vez los individuos se sienten más satisfechos con una vida regulada y manipulada, en la esfera de la producción y del consumo, por el Estado y las grandes compañías con sus respectivas burocracias; han llegado a un grado de conformismo que ha borrado, en gran medida, toda individualidad. Son, para utilizar el término de Marx (1969) "hombres mercancías" impotentes al servicio de máquinas viriles. La sociedad contemporánea considera a sus miembros como consumidores en potencia, no como productores. La vida organizada alrededor del rol de productor está regulada normativamente. Existen unos cimientos que se necesitan para seguir con vida y ser capaz de hacer lo que exige el rol de productor, así mismo, hay un límite de lo que se puede soñar, desear o procurar contando con la aprobación social de las propias ambiciones, es decir, sin temor de ser rechazado, reprendido y castigado.

La principal preocupación, entonces, es la *conformidad*: establecerse de manera segura entre la línea de la base y el límite (Bauman, 2003). Por el contrario, la vida organizada alrededor del consumo carece de reglas normativas, está guiada por la seducción, por la aparición de deseos cada vez mayores, por los volátiles anhelos y por la comparación universal donde se carece de límites. El objetivo es convertir el lujo de hoy en la necesidad de mañana, reducir a su mínima expresión la distancia entre “hoy” y “mañana” y afianzar más la realidad material y psíquica de la inmediatez, a través de la capacidad para aprovechar la oportunidad cuando se presenta y “desarrollar nuevos deseos hechos a medida de las nuevas e inesperadas atracciones, “estar más enterado” que antes, no permitir que las necesidades establecidas provoquen nuevas sensaciones redundantes o reducir la capacidad de absorberlas y experimentarlas” (Bauman, 2003, p. 83). Frente a la distinción entre productores y consumidores ha sido común que teóricamente al primero se le atribuyan connotaciones positivas y al segundo, negativas, sin embargo, pese a las discusiones conceptuales que se generan en torno a ellas, para Touraine (1994), el consumo está afectado por factores como la seducción, el gusto

trivial y el narcisismo. El consumo, que se puede llamar tradicional o subordinado a las actividades de producción, tenía tres orientaciones principales: la reproducción de la fuerza de trabajo, el simbolismo del nivel de vida y la relación con el mundo no utilitario de las ideas. El consumo llamado de masas, aunque no está desconectado de los ingresos de las masas, también tiene tres aspectos: a la reproducción física y cultural sucede la formación de nuevas comunidades o tribus; la jerarquización social de los consumos dirigida al consumidor que define al alumno de la escuela o la universidad, al enfermo del hospital o al público de la televisión; finalmente, la invocación a la alta cultura se transforma en defensa y afirmación de la personalidad individual. Desde el antiguo, hasta el nuevo punto de vista, el consumidor se separa de su lugar dentro del orden social. El ingreso a la sociedad de consumo, más que cualquier otro cambio social, significa salir de la sociedad moderna, puesto que lo mejor que la caracteriza es que la conducta de los actores está determinada por el lugar que ocupan en el proceso de modernización, pues los actores adelantan o retroceden, ascienden o descienden. De esta manera, para Touraine (1994) la lógica de la producción y del consumo es hoy ajena a una a la otra.

En este mundo entre productores y consumidores, Bauman (2003) encuentra que la sociedad de productores establece la salud como fundamental para todos sus miembros, mientras que la sociedad de consumidores enfatiza que sus miembros deberán estar en forma, estar sanos para poder responder a las necesidades y demandas de la gran fábrica, de los amplios templos que continuamente ponen a prueba la resistencia física y psíquica del individuo. Para tener una buena salud y estar en forma, también es necesario comprar productos y servicios que nuevamente incitan a la compulsión a la adicción, que se convierte en un mecanismo por excelencia para aminorar la inseguridad del ser humano: “la compulsión a comprar convertida en adicción es una encarnizada lucha contra la aguda y angustiosa incertidumbre y contra el embrutecedor sentimiento de inseguridad” (Bauman, 2003, p. 87). Por esto, para atemperar ese sentimiento abrumador de inseguridad personal, muchas personas se dirigen hacia la misma dirección en procuras de conseguir sensaciones que les hagan vibrar todos sus sentidos: táctiles, visuales, olfativos, auditivos, gustativos y tras la tranquilidad de dejar las decisiones trascendentales y vitales en manos del asesor experto o el Gran Otro para poder sentirse libres y tranquilos del temor a equivocarse en las elecciones que se hagan con respecto a la propia vida.

Desean, de una vez, estar libres del temor a equivocarse, a ser desatentos o desprolijos. Por una vez quieren estar seguros, confiados, confirmados, y la virtud que encuentran en los objetos cuando salen de compras es que en ellos (o así parece, al menos por un tiempo) hallan una promesa de certeza (Bauman, 2003, p.87).

Así, el consumismo se convierte en un mecanismo que procura generar placer y representar un escape de la angustia causada por la inseguridad. Por ello esa compulsión se convierte en una práctica continua, que Bauman (2003) denomina como “rito de exorcismo” y que representa el ritual dirigido a expulsar la ominosa aparición de la incertidumbre y la inseguridad que acosan al individuo y que esperaba abolir con la certeza utópica en el consumo de productos que se venden y se compran por doquier, esperando suplir con ellos el dolor de existir. Sin embargo, se encuentra todo lo contrario, la inconclusión, la falta, la imperfección y con ellas, la necesidad copiosa de la compulsión a repetir nuevamente el ciclo de consumir aquello que ilusoriamente aporta seguridad en sí mismo y en la sociedad de consumidores. Aunado a esta seguridad que utópicamente brinda el par comprar/consumir, se encuentra la ilusión que tras el consumo se conquista la identidad, la libertad personal y social que le permiten al individuo diferenciarse, ser coherente, reconocido y estar en armonía consigo mismo y con los demás. Esta búsqueda de libertad e identidad es la lucha constante por detener lo líquido, por solidificar lo fluido, por dar forma a lo informe; esta posibilidad de elegir una identidad y ser libre y mantenerlas tanto tiempo como lo desee se convierte en el camino real hacia la concreción de las fantasías de identidad. “En una sociedad de consumo, compartir la dependencia de consumo -la dependencia *universal* de comprar- es la *conditio sine qua non* de toda libertad individual; sobre todo, de la libertad de ser diferente, de “tener identidad” (Bauman, 2003, p. 90). En ese interés por dar una forma definida a la identidad, la libertad de elección del consumidor juega un papel decisivo pues es libre de autoidentificarse a través de las mercancías, los productos y servicios que asiduamente consume.

Lo que importa es cómo se siente esa artificial necesidad de construir y reconstruir la identidad, cómo se la percibe desde “adentro”, como es “vívida”. Ya sea genuino o putativo a los ojos del analista, el *estatus* de la identidad “asociativa” – la oportunidad de “salir de compras”, de ponerse o sacarse “la verdadera identidad”, de “moverse” ha llegado a significar libertad para la libertad de consumo. La elección del consumidor es ahora un valor por derecho propio; la actividad de

elegir importa más que lo que se elige, y las situaciones son elogiadas o censuradas, disfrutadas o castigadas según el rango de elección disponible (Bauman, 2003, p. 94).

La libre elección en la vida para hacer de ella una prolongada salida de compras, significa considerar el mundo como un gran espacio lleno de mercancías para el consumo, en el que es fundamental tener los recursos para adquirirlas y poder crear -aunque utópicamente-, que con ellos se materializan la identidad y la libertad. Contar con los recursos significa ser libre para elegir, sentirse dueño de sus actos y decisiones y al mismo tiempo representa tener libertad para sobrellevar las consecuencias que se derivan de las malas elecciones, las cuales, por supuesto, no resultan deseables para el consumidor, puesto que lo apetecible son aquellas decisiones que atinadamente toma y le generan satisfacción inmediata y la sensación de tener un control sobre la propia vida. Puesto que el mundo moderno está cada vez más permeado por la referencia a un sujeto que es libertad, que es el protagonista de su mundo, que postula como principio del bien el control que ejerce sobre sus actos y que le permite “concebir y sentir su conducta como componente de su historia personal de vida, concebirse él mismo como actor. *El sujeto es la voluntad de un individuo de obrar y de ser reconocido como actor*” (Touraine, 1994, p. 207). Contar con los recursos para adquirir lo que se desea permite al individuo creer ilusoriamente que es el protagonista, que tiene un control sobre sí mismo y su entorno, que tiene un lugar, -sin lugar-, que tiene el poder para visitar los grandes espacios de compras/consumo, llenos de mercancías y vacíos de sentidos, que ofrecen lo que ninguna realidad podrá proporcionar afuera, un presunto y casi perfecto equilibrio tripartito entre: seguridad, libertad e identidad.

Como se ha podido observar desde Bauman (2003) y Touraine (1994), ambos permiten unas lecturas y análisis sociológicos de la sociedad contemporánea, en la que se observa un interés de los individuos por satisfacer un deseo y para suplirlo, se sumergen en la compulsión al consumo en el que prima el exceso y el par compra-consumo, en cualquiera de sus formas. Con esta compulsión, el sujeto lo que busca es encontrar libertad y seguridad, sin embargo, lo que hace es evitar la primera continuamente. A esta dinámica Fromm (1968) ya aludía bajo las formas de la libertad negativa individuales y sociales, que hacían del ser humano un individuo monádico, solo e impotente.

Lo paradójico es que, aunque el ser humano de las épocas anterior y moderna, está tras la conquista desmesurada de su libertad, la construcción de su identidad y el alejamiento de la soledad, sus acciones, sus compulsiones a la repetición y sus mismas pulsiones de vida y de muerte, lo llevan a rehuir la libertad, a alejarse cada vez más de ella a través de diversos mecanismos que individual y socialmente se han construido, se mantienen y se aceptan.

3.2 La libertad y sus mecanismos de evasión en la contemporaneidad

Considerar la transición que el ser humano ha tenido dentro de los sistemas medievales y modernos y con ellos, las transformaciones en sus vínculos tradicionales y contemporáneos, sus formas particulares de relacionarse consigo mismo y con su sociedad, permite llevar un hilo conductor en la comprensión sociológica que de la libertad se tenía tanto en épocas anteriores como en la contemporaneidad. Ya con Fromm (1968) se observaba la transición de los vínculos tradicionales al capitalismo, “dentro del sistema medieval, el capital era siervo del hombre; dentro del sistema moderno se ha vuelto su dueño” (p. 134), lo que incidió en diferentes esferas de la vida: mental, social, cultural y política. El individuo aprendió a confiar en su capacidad de progresar a partir de sus habilidades, a contar consigo mismo, a hacerse cargo de sus decisiones, comprendió que de acuerdo a sus propios méritos dependía la posibilidad del éxito y del fracaso, y se fue liberando paulatinamente de las limitaciones de la naturaleza, llegando a dominarlas a un nivel nunca antes conocido (Fromm, 1968). Los hombres paulatinamente lograron la igualdad y aprendieron a reconocerse entre sí como seres humanos. Por ende, aumentó su libertad política, con la posibilidad de participar en el gobierno a través de su libre elección, con lo cual se buscaba que cada individuo fuera capaz de obrar según sus propios intereses, considerando el bienestar común de la nación (Fromm, 1968). De esta manera, el capitalismo no sólo liberó al hombre de sus vínculos tradiciones, sino que también contribuyó significativamente en el aumento de la libertad positiva, al crecimiento de un yo activo, crítico y responsable. Sin embargo, si bien todo lo anterior fue uno de los efectos que el capitalismo ejerció sobre la libertad en el desarrollo de los hombres, también generó una consecuencia inversa, pues hizo al individuo más solo y aislado, y le inspiró un sentimiento de insignificancia e impotencia, puesto que empezó a subordinar su libertad y toda su vida a propósitos que le eran ajenos.

Este recorrido en la transición de la época medieval a la modernidad desde Fromm, permite comprender el sentimiento de aislamiento y de impotencia del hombre contemporáneo, para quien la relación con los otros pierde su carácter directo y humano, asumiendo un espíritu de instrumentalidad y de manipulación y para quien las normas para el establecimiento de vínculos sociales y personales está dada por las leyes

del mercado. En el consumo el ser humano busca refugiar su sentimiento de aislamiento individual e impotencia, que son tan abrumadores, y ante los cuales prefiere no ser consciente de ellos, y en su lugar los oculta a través de sus actividades del día a día, de la confianza y reconocimiento que encuentra en el exterior, el creciente éxito en su vida, y en cualquier forma de entretenimiento que implica consumir: viajar, divertirse, establecer relaciones efímeras y placenteras. Sin embargo, pese al incremento en el consumo, su miedo y confusión perduran, generando la sensación insoportable de no poder sobrellevar la carga que le impone la *libertad de*; tratando de rehuirla si no logra progresar de la libertad negativa a la positiva (Fromm 1968). Esta forma de rehuir la libertad se vislumbra tanto en la época tradicional como en la contemporaneidad. Anteriormente, se veía esa necesidad del individuo en buscar la seguridad y la libertad externamente, a expensas de obedecer a un gran líder, a un régimen político, económico que dictaminaba, que bajo el uso de la coerción social fascista los individuos eran sumisos y obedientes. En la época moderna, resulta paradójico que el sujeto sea tan libre que ha decidido vivir con la ausencia de libertad positiva. En el hombre de hoy, la carencia o límite de libertad es autoimpuesta, ya no hay una forma de coerción externa tan apremiante, sin embargo, el individuo se ha auto infligido leyes y normas de consumo que limitan su libertad.

Los principales mecanismos de evasión socialmente estructurados tanto en las sociedades tradicionales como en la contemporaneidad, se encuentran representados por la sumisión a un líder. El individuo en el esfuerzo por escapar de la soledad y la impotencia se despoja de su yo individual a través de la subordinación a nuevas maneras de autoridad y/o por medio del conformismo frente a las normas socialmente establecidas. En la época de Fromm (1968) el fascismo adquirió un significado psicológico y con él, el sentido de la libertad se enmarcó dentro de los regímenes totalitarios donde primó la tendencia compulsiva hacia la sumisión y la dominación, que bajo las figuras del masoquismo y el sadismo se convirtieron en mecanismos de evasión de la inseguridad y la soledad insoportable del ser humano.

El impulso masoquista se sustenta en sentimientos de inferioridad, impotencia e insignificancia individual, lo que conlleva al sujeto a percibirse y mostrarse ante los demás como débil, generando una determinada dependencia física, emocional, simbólica y psicológica a personas e instituciones externas.

De acuerdo con Fromm (1968), en casos extremos es común observar predisposiciones a castigarse, generarse malestar e infligirse dolor y sufrimiento, lo que puede resultar patológico para el individuo y por ende, para la sociedad. Por su parte, la tendencia sádica se puede observar en algunos comportamientos específicos: el primero puede conllevar a depender y someterse por completo a otro, el segundo, está impulsado a mandar de manera autoritaria a los demás, hasta llegar al punto de explotarlos y, por último, esta tendencia se puede observar en el goce y la satisfacción al ver y hacer sufrir física y/o psicológicamente a los demás. “Su objeto es el de castigar de una manera activa, de humillar, de colocar a los otros en situaciones incómodas o depresivas, de hacerles pasar vergüenza” (Fromm, 1968, p. 168). En la relación con el sádico, el otro se convierte en su objeto y se va generando una cierta dependencia, donde el sádico necesita de su objeto de dominación, pues su poder se consolida ante la debilidad de su objeto. Frente al análisis que hace Fromm de estas tendencias, se plantea los siguientes interrogantes: ¿cómo comprender por qué ciertas personas, no solamente quieren disminuirse, hacerse más débiles y castigarse, sino que también gozan con ello?, ¿cómo explicar que algunos hombres se dejen atraer precisamente por aquello que todos nosotros nos esforzamos en evitar, el dolor y el sufrimiento, y hasta incurran en hechos que los provoquen? y se le podría agregar otra ¿cómo entender que existan hombres que se esfuercen en buscar y/o infringir dolor y sufrimiento y gocen con ello generando una compulsión infinita a la repetición individual y social? los acercamientos teóricos a estos planteamientos se fundamentan en comprensiones desde la composición psíquica del individuo, lo cual, irremediablemente, repercute en su esfera social más amplia, de interacción con el otro y con sus otros. Así, las tendencias sádica y masoquista se convierten en mecanismos de evasión para el individuo, en la forma de aminorar su insoportable sensación de soledad e impotencia. Ambos impulsos son el resultado de su incapacidad de soportar el aislamiento y la debilidad del propio yo.

De alguna manera, el sujeto atemorizado busca algo o alguien a quien encadenar su yo, puesto que no puede sobrellevar más su propia libre personalidad y se esfuerza denodadamente para librarse de ella y volver a sentirse seguro eliminando esa carga del yo. En últimas, todos los esfuerzos del ser humano apuntan a librarlo de la pesada carga de la libertad (Fromm, 1968). De esta manera, las tendencias masoquistas y sádicas empiezan a insertarse en un correlato cultural donde los comportamientos que denotan sumisión a un líder se van tornando socialmente aceptados y aprobados, lo que permite

comprender que en Alemania y en otros países europeos, el carácter sadomasoquista se le conciba como típico; incluso, que este tipo de carácter haya incidido en la configuración de la ideología nazi.

Para Fromm (1968), la noción de sadomasoquismo se equipara al “carácter autoritario” que denota, por un lado, que la persona sadomasoquista admira y se somete a la autoridad, al mismo tiempo que ella quiere investir la autoridad y controlar a los demás y, por otro lado, refiere a la estructura de la personalidad que constituyó la base humana del fascismo. Si bien este es el análisis que hace Fromm (1968) para reflexionar en torno a la sociedad de su época, donde masoquismo y sadismo constituyen uno de los caminos para liberarse de la pesada carga que representa el propio yo, al respecto, Touraine (1994) hace su análisis sociológico enfatizando en el totalitarismo como la figura representativa del siglo XX. Para él en este siglo se pusieron en marcha masivamente los procesos de modernización y quebrantamiento de las sociedades tradicionales y también fue la época del totalitarismo concebido como una grave enfermedad social. Éste aparece en las naciones impulsadas por un vigoroso movimiento de modernización, industrialización, urbanización y las comunicaciones de masas, no dejando ningún lugar a la libertad personal ni a las tradiciones culturales y religiosas si estas no se identificaban con el poder del Estado. De esta manera, para Touraine (1994) el totalitarismo sustituye la acción autónoma de los actores sociales y la cultura por el poder absoluto del Estado, devorando a la sociedad civil. La técnica y la ciencia quedan al servicio del Estado y su poder, y el individuo es arrancado de su medio familiar, local o religioso, para ser movilizadado al servicio del Estado (p. 304). El totalitarismo disminuye la libertad personal, las filiaciones culturales, aniquila la sociedad y la reduce a la condición de muchedumbre de multitud dócil a la palabra y a las órdenes de un jefe.

El totalitarismo destruye la sociedad en su condición de red de relaciones sociales organizadas alrededor de una capacidad de producción y la reemplaza por la movilización de una identidad puesta al servicio de una potencia colectiva. La historia sustituye la sociedad. La fusión del pasado y el futuro aplasta el presente y suprime el espacio público donde se debaten las decisiones colectivas (Touraine, 1994, p. 304).

De esta manera, el siglo XX estuvo regulado por regímenes que suprimieron las libertades individuales y sociales para alcanzar la independencia y mantener la

economía de la Nación, todo esto realizado en nombre del pueblo. De manera que los principales adversarios de la democracia ya no fueron los antiguos sistemas sino los nuevos regímenes totalitarios, fascistas, comunistas o nacionalistas tercermundistas. La concepción positiva de la libertad entendida como realización de la soberanía popular cede, pues, el lugar a una concepción negativa, y la democracia se define y se defiende como el régimen que impide a cualquiera adueñarse del poder o conservarlo contra la voluntad de la mayoría (Touraine, 1994).

De acuerdo con Bauman (2003), el consumo en los grandes templos dirige a los hombres y son nuevas formas de un autoritarismo en el que un Gran Otro seduce, orienta y sabe qué es lo mejor para el individuo, es una forma de dominación que “se convierte en autoridad por cortesía de quien la elige. Las autoridades ya no mandan sino que intentan congraciarse con los electores por medio de la tentación y la seducción” (Bauman, 2003, p. 70). Esta seducción y fascinación se convierten en factores capaces de ayudar al ser humano a superar las manifestaciones ostensibles de su inseguridad subjetiva, permitiendo que el yo se sienta respaldado por la posesión de propiedades y por ende, por el consumo cada vez más exacerbado. Ya lo señalaba Fromm (1968) cuando expresaba que el individuo como persona, y los bienes de su propiedad, no pueden estar separados; así mismo, los trajes o la casa de cada hombre hacen parte de su yo tanto como de su cuerpo. Cuanto menos se concibe como alguien, como una persona en un lugar individual y social, tanto más necesita tener posesiones y consumir. Si el individuo no posee propiedades o las ha perdido, carece de una parte importante de su yo, y hasta cierto punto no es considerado por sí mismo, ni por los demás como una persona completa. Pues para estarlo y ser tenido en cuenta es necesario que tenga recursos, posesiones y la capacidad adquisitiva para consumir-se.

Para ello, la modernidad propicia la expansión de los grandes centros comerciales, donde el ser humano se convierte en un sujeto de consumo que compulsivamente sale de compras (Bauman, 2003), que se pone como meta estar a la vanguardia de las recientes tendencias de la moda, pero que, en últimas, con esta lógica consumista lo que el individuo busca es ser reconocido, encontrar la seguridad y la libertad, y hacer un borramiento de su insignificancia. Bajo la figura del cliente consumidor y el hombre de negocios, el ser humano se enviste libidinalmente para ocultar su soledad y futilidad. Este entramado ya se reflexionaba desde Fromm (1968), y al día de hoy cobra una marcada vigencia en la comprensión sociológica de la modernidad. Anteriormente, la

figura del cliente que frecuentaba un negocio cuyo propietario era un comerciante independiente, se encontraba seguro de ser objeto de un trato personal, su compra representaba algo importante para el propietario, quien lo recibía como una persona importante, que significaba algo, sus deseos y necesidades eran tomadas en cuenta de manera individual y de esta manera, bajo toda esta práctica ritual física y simbólica, el cliente a través de su compra se sentía importante para sí mismo y para el otro. Sin embargo, en la modernidad esta relación cambia notoriamente. La amplitud de las construcciones, la profusión de los productos disponibles y el cada vez más incrementado número de empleados y consumidores, brindan al asiduo visitante la sensación que “todo lo hace sentirse pequeño y sin importancia. Y en verdad, como individuo no ofrece interés alguno al establecimiento comercial. Tan solo es importante porque es *un* cliente” (Fromm, 1968, p. 152). El comprador en su condición anónima, a quien no se conoce, no representa ni significa nada, pues tan sólo sus deseos y necesidades denotan un cierto interés porque ellos significan una venta potencial y con ella, el cumplimiento de los presupuestos, el crecimiento del negocio, el incremento en las comisiones del vendedor -o más modernamente, asesor comercial¹¹- y la perpetuación del consumo.

En esta dirección, Touraine (1994) refiere que nuestra sociedad de “producción y consumo de masas, empresas y mercados, está animada por la razón instrumental; es una sociedad que presenta un flujo de cambios y un conjunto de estrategias de adaptación y de iniciativas en un ambiente móvil y débilmente controlado” (p. 217). Estos frecuentes cambios que se presentan en un espacio cada vez más dinámico y la existencia de un débil control sobre ellos, permiten que la estructura de la sociedad moderna afecte al ser humano de dos formas: por un lado, haciéndolo más independiente y más crítico, otorgándole mayor confianza en sí mismo, pero por el otro, lo hace más solo, aislado, sometido y atemorizado (Fromm, 1968). Esta paradoja que se observa en Fromm, la resalta Touraine (1994) en el entramado de la modernidad, con su apuesta teórica por la subjetivación, la cual significa lo contrario al sometimiento del individuo a valores trascendentes: antes, el hombre se proyectaba a Dios; en adelante, en el mundo moderno es el hombre quien se convierte en el fundamento de los valores,

¹¹ Esta moderna denominación genera un tránsito en la descripción del perfil, en las funciones y responsabilidades que se le asignan, ahora se le concibe como un cargo más holístico, que no sólo vende el producto o servicio específico que su asiduo cliente requiere, sino que le genera más necesidades y con ellas la realización de su “venta integral” a su vez que la consecución de un nuevo “cliente potencial”, lo que le asegura el cierre exitoso de cuantiosos negocios y los ubica, tanto al asesor comercial, como al cliente mismo, en una posición competitiva frente a sí mismos y frente a los demás.

puesto que el principio central de la moral es la libertad, una creatividad que es su propio fin y se opone a todas las formas de dependencia.

“La subjetivación se construye por interacciones sociales y la acción de instancias de socialización. El sí mismo asocia naturaleza y sociedad, así como el sujeto asocia individuo y libertad” (Touraine, 1994, p. 209). De esta manera, subjetivación en Touraine tiene el mismo doble plano que tiene la discusión en Bauman y en Fromm. Subjetivación es un proceso de tensión entre cómo el individuo puede lograr un margen de agencia de libertad y cómo prefiere o de alguna manera termina sometido a unas condiciones de sobredeterminación social. El individualismo se vive como aislamiento, como la imposibilidad de establecer unos vínculos sociales distintos a los del consumo. Es notorio en Touraine su énfasis en que sí se puede generar un proceso de resistencia, que sí hay posibilidad de una subjetivación de algún tipo en el grupo, no pensada como realización en el consumismo, sino como posibilidad de romper con la cosificación del consumo. De esta manera, entonces, subjetivación viene a ser una forma de manifestar una preocupación por cómo el individuo genera o no estrategias de relacionamiento con la sociedad que le permita el desarrollo de su capacidad de agencia, es decir, de libertad positiva. Touraine con esta preocupación sociológica y su interés por la subjetivación, permite observar de nuevo la necesidad de una dialéctica posible entre individuo – sociedad en la modernidad.

Así pues, Fromm, Bauman y Touraine no son pensadores aislados, puesto que comparten un marco sociológico común. En ellos se observa el análisis que realizan de la creación de regímenes autoritarios y los mecanismos de evasión que en Fromm (1968) eran la sumisión, la evasión, el masoquismo y sadismo que ligados a su preocupación sociológica daban cuenta de la figura del autoritarismo para su época. Al día de hoy, resulta significativo encontrar que existen las mismas formas de evasión, que posteriores al fascismo, siguen sosteniendo una idea de miedo a la libertad; estos mecanismos permiten formas de sociabilidad y relacionamiento específicas que en la contemporaneidad se envisten de consumo, producción, mercancías, mercado, servicios, asesores expertos y bajo estas figuras se percibe la sumisión a un líder. Así, la modernidad contemporánea también presenta ese sentimiento angustioso, de soledad infinita y la ausencia del establecimiento de unos vínculos significativos individuales y sociales, pues lo que prima es “una visión racionalista del mundo convertida en una acción puramente técnica en la cual la racionalidad está puesta al servicio de

necesidades, ya sean las necesidades de un dictador, o las de los consumidores” (Touraine, 1994, p. 94).

Como se puede observar, en los diferentes periodos históricos se pueden rastrear unas continuidades que aunque disten en las formas de presentarse y vivirse, finalmente, en el fondo, en su contenido latente, presentan un hilo conductor que responde a las especificidades propias de cada época. Es así como las figuras del consumo y el autoritarismo en la modernidad siguen conservando la forma de evasión de la libertad, la seguridad y la identidad, que aunque el discurso manifiesto se dirija a su conquista, en el plano latente se las rehúye continuamente, lo mismo que se veía en Fromm, con sus diversas formas de libertad negativa y de evasión de la libertad positiva. De acuerdo con Marx, tal como es citado y usado en Touraine (1994), el desencanto del mundo moderno del que habla Weber estriba en que se ha perdido la unidad del mundo. Había que volver a dar al hombre la libertad positiva y no contentarse con la libertad negativa que solo protege a los individuos contra las intrusiones del poder. La libertad positiva consiste en poder conducirse según las reglas universales de la razón. Sin embargo, el ser humano, en lugar de encontrar la libertad positiva, la identidad y la seguridad tan perseguidas a través del consumo, vuelve a sumergirse en la figura de la mónada, en un ser aislado, que aunque divague en medio de las aglomeraciones en los grandes centros comerciales, se sigue sintiendo solo, abrumado, aislado, continúa imperando tanto ayer como hoy el ser monádico. La diferencia es que adquiere un cariz diferente para cada momento histórico y hoy deambula, se generaliza y universaliza en medio de la multitud de soledades en las grandes plataformas del consumo.

Si bien tanto ayer como hoy la búsqueda de la libertad, la identidad y la seguridad constituyen para el hombre su gran conquista a nivel individual y social y, a pesar de que emplee mecanismos para evadirlas, hay algunas apuestas teóricas sociológicas modernas que proponen un camino para que el hombre se reconcilie, se desarrolle y llegue a ser él mismo en la sociedad. Lo que recoge de nuevo la dialéctica individuo y sociedad en la búsqueda de la libertad.

3.3 Individuo y sociedad en la conquista de la libertad: un acercamiento a la “Personalidad Democrática” en la forma contemporánea de la modernidad

Touraine (1994), en su preocupación sociológica por el individuo y la sociedad, se cuestiona por la libertad y señala que el obstáculo que se opone a su conquista y también a la modernización, es el despotismo político, sea de tipo totalitario, absolutista tradicional o autoritario, lo que conlleva a que en el siglo XX se formen múltiples regímenes, generándose al mismo tiempo llamamientos a la liberación. A partir de estos planteamientos Touraine hace una apuesta teórica por concebir como inseparables las nociones de libertad, comunidad y racionalización, argumentando que precisamente lo que define la modernidad es este conjunto cargado de tensiones y sobre todo, su carácter complementario, puesto que si bien la modernización exige rupturas, también presenta continuidades. Igualmente, en la concepción de la modernidad se considera la combinación de la racionalización y la subjetivación, de acá que el sujeto se defina por su voluntad de organizar su vida, su acción y por su defensa de una identidad cultural; así pues, el sujeto sólo se constituye por su afirmación del sí mismo y la lucha defensiva contra los aparatos de producción. Estos planteamientos sobre el sujeto en la sociedad moderna, conllevan a que Touraine (1994) analice y reflexione sobre la democracia, la cual para este sociólogo se encuentra constituida por dos aspectos: el hombre que afirma su libertad presentándose como ciudadano y la creación de la república, lo que aporta la garantía más sólida de los derechos individuales:

La democracia es en primer lugar el régimen político que permite a los actores sociales formarse y obrar libremente. Los principios constitutivos de la democracia son los que rigen la existencia de los actores sociales mismos. Sólo hay actores sociales que si se combinan la conciencia interiorizada de derechos personales y colectivos, el reconocimiento de la pluralidad de los intereses y las ideas, especialmente de los conflictos entre dominadores y dominados y, finalmente, la responsabilidad de cada uno respecto de orientaciones culturales comunes. Esto se traduce, en el orden de las instituciones políticas en tres principios: el reconocimiento de los *derechos fundamentales*, que el poder debe respetar, la *representatividad* social de los dirigentes y de su política y, por último, la conciencia de *ciudadanía*, de pertenecer a una colectividad fundada en el derecho (Touraine, 1994, p. 321).

Los derechos fundamentales, la ciudadanía y la representatividad social son condiciones de la democracia, para que los gobernados elijan a sus gobernantes, participen en la vida democrática y se sientan ciudadanos. Igualmente, para que exista una representatividad, es decir, la elección libre y la existencia de intereses sociales representables. Así pues, Touraine (1994) concibe la democracia basada en movimientos sociales defensores del sujeto contra la doble impersonalidad del poder absoluto y el reinado de la mercancía.

La democracia no significa el triunfo de lo Uno o la transformación del pueblo en príncipe. Por el contrario, la democracia es la subordinación de las instituciones a la libertad personal y colectiva. Protege esta libertad contra el poder político y económico, por un lado, y contra la presión de la tribu y la tradición, por otro. También se protege contra sí misma, es decir, contra el aislamiento de un sistema político suspendido entre la irresponsabilidad del Estado y las demandas de los individuos (p. 341).

Dado que la democracia está compuesta de los individuos y éstos tienen intereses distintos -y como no hay un interés privado que prime sobre los demás-, hay un proceso de autorregulación, el cual consiste en que la democracia apoya lo que esté en función de todos quienes la constituyen permitiendo una forma política que no caiga en el control de unos sobre otros, o en el dominio de un ámbito social sobre ellos. Así pues, la democracia no favorece algo que esté en detrimento de los miembros que la constituyen, por lo que, si el mercado va sobre los individuos o si los está afectando o si las instituciones se anquilosan, pues la democracia se orientaría hacia ellas, buscando posibles formas de regulación. De esta manera, la democracia concebida como un conjunto de individuos donde no puede primar el interés privado de ninguno, implicaría que la institución no se desligue de los intereses colectivos. Esta apuesta por la democracia, al día de hoy, permite dar cuenta de que efectivamente, no está funcionando de esa manera, por lo que habría que analizar qué es lo que está primando, si la institucionalidad o el mercado por encima de la democracia, o si ésta se ha anquilosado en ella misma desligándose de los individuos que la componen. De esta manera, Touraine (1994), se preocupa y busca soluciones y mecanismos para evitar caer en la ausencia de libertad positiva. Por lo tanto, a partir del amplio estudio que realiza sobre la democracia y valiéndose de la investigación de Th. W. Adorno sobre la personalidad autoritaria -que también fue objeto de discusión en este trabajo-, Touraine

consolida los fundamentos de la democracia a través de la figura de la “personalidad democrática”¹² y a partir de ella aduce que una democracia es fuerte cuando existe una conciencia democrática y una sociedad abierta en la que las fuerzas del control social están debilitadas en provecho del espíritu de invención, de empresa y de la racionalización. De esta manera, la personalidad democrática y la sociedad abierta se complementan, lo que constituye una nueva forma de la asociación de racionalización y subjetivación en la definición de la modernidad. Así pues, lo que caracteriza la modernidad es la capacidad de combinar la racionalización y la subjetivación. Por eso, el espíritu de libertad y la búsqueda de eficacia se encuentran en el origen de la modernidad. La democracia dista de ser meramente un sistema político y en mayor medida debe representar la primacía y el trabajo denodado por los valores sociales, resaltando, entre ellos, la racionalización y la libertad. “La democracia no es el triunfo del pueblo; es la subordinación del mundo de las obras, de las técnicas y de las instituciones a la capacidad creadora y transformadora de los individuos y las colectividades” (Touraine, 1994, p. 344). El concepto de sociedad progresivamente ha dialectizado con el sujeto, generando tal interlocución una expresión política, lo que permite explicar que el análisis del sujeto en la sociedad moderna termine proponiendo una reflexión sobre la democracia.

Puesto que la modernidad ha perdido su fuerza liberadora y creadora, es necesario redefinirla a través de la consideración de los mundos objetivo y subjetivo y la creación de mediaciones entre economía y cultura, ciencia y libertad, sujeto y razón y su acercamiento a la libertad personal (Touraine, 1994). En esta vía hacia la libertad, el individuo sólo es sujeto a partir de sus obras, que le permiten resistencia, la cual podrá ser positiva en la medida en que es racionalización, y podrá ser negativa en tanto la racionalización está dominada por amos, que se sirven de ella para imponer su poder a través de la producción o el consumo. Lo que permite observar de nuevo los mecanismos de evasión de la libertad positiva y la aceptación de la libertad negativa, que como ya se veía claramente con Bauman (2003), la compulsión a lo líquido, a lo efímero, al par comprar - consumir se convierten en la modernidad en esas formas

¹² En Theodor Adorno (1965) resulta claro el desarrollo que realiza sobre el concepto de personalidad, en Touraine cabría preguntarse por cómo entiende el autor el concepto de personalidad en su obra. Si bien Touraine realiza un amplio desarrollo sobre la democracia, resultaría muy enriquecedor comprender las bases conceptuales que lo llevan a plantear la noción de Personalidad Democrática en su estudio.

predominantes de sumisión a un amo: el mercado, pensando ilusoriamente que a partir de él puede encontrar la libertad, la seguridad y la identidad tan añoradas y que, paradójicamente, evade con gran frecuencia. En esta misma dirección, Touraine (1994) refiere que hoy una parte del mundo se repliega en la defensa y en la búsqueda de su identidad nacional, colectiva o personal, mientras que otra parte ve el mundo como un supermercado en que aparecen ilimitadamente nuevos productos. Para unos, el mundo es una empresa, una sociedad de producción donde prima lo tangible, lo material, mientras que otros son atraídos por lo no social, lo intangible, lo inmaterial. Lo anterior, permite cuestionarse sobre la manera de restablecer la unidad entre la vida y el consumo, la nación y la empresa y entre cada una de estas cosas y el mundo de la racionalidad instrumental. Puesto que la sociedad en la que se pueden dar la producción y el consumo de masas, las empresas y el mercado, están animados por la razón instrumental, es una sociedad que presenta un flujo de cambios y un conjunto de estrategias de adaptación y de iniciativas en un ambiente móvil y débilmente controlado (Touraine, 1994).

Lo que se percibe en esta apuesta teórica es la dialéctica individuo y sociedad y la continua reflexión sociológica en torno a la manera de cómo propiciar que el sujeto no se sienta superado por el proceso social, por lo que el análisis desde la forma específica de la democracia resulta ser un eje articulador para buscar y pensar una dialéctica posible. En Touraine se observa un desarrollo del concepto de democracia diferente a los cuestionamientos que se hicieron Fromm y Bauman para el análisis sociológico del individuo y la sociedad, lo que introduce una perspectiva diversa del mismo problema, desde otra apuesta teórica, pero que se complementan en la reflexión del mismo fenómeno. Touraine llena de contenido la dialéctica entre individuo y sociedad, ya que partiendo de una idea de libertad del sujeto, él encuentra elementos que amenazan y posibilitan su desarrollo en la sociedad. Es así que su postulado propende por analizar cómo desde la democracia el despliegue del sujeto se podría generar sin que implicara el peligro de la pérdida de su libertad. En Touraine hay sobre todo una preocupación sociológica y con ella, la búsqueda de soluciones o de formas positivas de sociabilidad en la modernidad para que los retos de la sociedad civil no impliquen una situación autoritaria o la renuncia a la libertad del individuo, tan coercitiva como se vivió en la época de Fromm, encontrando en la democracia una vía posible para tal aspiración de libertad. Eso no implica, de ninguna manera, una reconciliación entre

posturas. Son más bien perspectivas que identifican en el problema sociológico de la relación dialéctica individuo-sociedad su eje de reflexión teórica. Como se puede observar en este desarrollo, Fromm, Bauman y Touraine son cercanos y complementarios, ya que desde la lectura sociológica que hacen de su época están interesados por comprender cómo y por qué los mecanismos particulares en su contexto implican esa situación de no libertad o de reducción de la misma. De hecho, se podría nombrar que los conceptos de individuo, sociedad y libertad en este trabajo, resultan ser ejes articuladores de los intereses sociológicos de estos científicos sociales, que brindan una pauta importante para pensar en torno a la construcción de un enfoque psicosocial que no separa lo individual de lo social, sino que, por el contrario, los conjuga en una lectura sociológica propia de cada momento histórico.

Así Fromm (1968), desde la época del fascismo, se interrogó por los mecanismos que propician la evasión de la libertad y que traían consigo soledad y aislamiento. Su preocupación por la dialéctica individuo y sociedad se materializó en su enfoque psicosocial, que para su contexto histórico permitió vislumbrar las bases teóricas que tendrían una continuidad en la comprensión sociológica de momentos históricos posteriores. Es por ello que, al día de hoy, este trabajo recupera sus conceptualizaciones teóricas y les otorga vigencia y una continuidad a través del diálogo con representantes modernos de la sociología, con quienes es posible reflexionar el entramado de la modernidad. De acá que, apoyado en Bauman (2003) y su amplio estudio sobre la modernidad líquida, se observe de nuevo la dialéctica individuo y sociedad y con ella, las transformaciones que se han generado con el consumo como una forma propicia de creer que se es libre, cuando realmente el ser humano sigue atado a las cadenas propias de regímenes modernos que bajo sofisticadas formas de consumo compulsivo limitan el desarrollo de su libertad positiva, sumergiéndose el individuo en un presunto goce efímero que otorga la libertad negativa. En esta misma línea, desde la preocupación sociológica de Touraine (1994), se sigue viendo claramente la continuación en la dialéctica individuo y sociedad. Este autor, siendo un sociólogo subjetivista, defiende al sujeto como individuo social, para él todos pertenecemos al mismo mundo, pese a que sea un mundo fraccionado, fragmentado, siendo necesario hallar un principio de integración de esa contradicción y fragmentación, y encontrando en la democracia una forma posible de diálogo entre individuo y sociedad y, por ende, de libertad personal y social.

Como se puede observar, en estos tres autores, desde dos momentos históricos diferentes, es posible encontrar intereses y motivaciones sociológicas similares que, aunque reflexionadas desde diferentes ángulos teóricos e históricos, tienen en común unas grandes continuidades y posibilidades de leer y construir conceptualmente una dialéctica entre lo subjetivo, lo social y la libertad en la modernidad. Se trata, en últimas, de un proceso de trabajo sociológico que se enfrenta al convulso siglo XX.

De esta manera es posible reflexionar en torno a una interdisciplinariedad entre sociología y psicología y sus conceptos centrales y fundantes: sociedad e individuo respectivamente, desde un enfoque psicosocial. Si bien en Fromm (1968) se evidencia claramente la articulación entre los fenómenos estructurales y los psicosociales en su análisis sociológico de la sociedad para su contexto histórico, con los autores contemporáneos Bauman (2003) y Touraine (1994) se podría pensar que cada uno desde su corriente de pensamiento aportan y contribuyen a dicho enfoque con nuevos elementos sociológicos, que al día de hoy permiten pensar y construir nuevo conocimiento en torno a lo psicosocial. Bauman (2003), a través de su reflexión sobre la modernidad líquida, analiza los tiempos contemporáneos marcados por la fluidez, la transformación, por lo que lo “líquido” se convierte para el autor en la metáfora idónea para reflexionar en torno a la época actual en la cual los constantes cambios no se atan al tiempo y al espacio. Considera, por el contrario, que se desplazan fácilmente, generando con ello una fragilidad en el establecimiento de los vínculos interpersonales en una sociedad de mercado y consumo cada vez más individualista, en la que prima el cariz efímero y volátil de las relaciones entre sus miembros. En la reflexión de Bauman (2003) se evidencia su continua preocupación por el vínculo entre el individuo y la sociedad, de acá precisamente que entre sus planteamientos para pensar el advenimiento de la modernidad líquida retome los conceptos que tradicionalmente se han vinculado con la condición humana, examinando así desde la sociología cinco categorías básicas alrededor de las cuales ha girado la comprensión de la humanidad. Entre estas nociones se encuentran la individualidad y la comunidad como conceptualizaciones teóricas que, desde el marco de comprensión sociológica y psicológica, permiten reflexionar alrededor de un enfoque psicosocial. En esta vía, Bauman (2003) no se encuentra aislado de lo trabajado con Fromm, sino que con él se podría pensar una prolongación de una discusión, en tanto el primero aporta elementos propios de su contexto histórico

contemporáneo que dialogan y enriquecen una idea de interdisciplinariedad entre individuo y sociedad.

Ahora bien, Touraine (1994), en el análisis histórico que realiza sobre la modernidad, aporta reflexiones alrededor de la construcción del sujeto como un ser social, que cuenta con libertad personal en su entramado social específico, en la modernidad capitalista. El autor plantea la necesidad de una redefinición de la idea de modernidad que posibilite un vínculo entre el mundo objetivo y el subjetivo. Su propuesta teórica conlleva a una continua reflexión sociológica en torno a la manera de cómo propiciar que el sujeto no se sienta superado por el proceso social, por lo que su análisis desde la forma específica de la democracia y la subjetivación permite pensar la articulación individuo y sociedad, que se convierte en un eje articulador para reflexionar una dialéctica posible y un acercamiento psicosocial.

Aunque la preocupación sociológica en Bauman (2003) y en Touraine (1994) apuntan sobre el mismo problema, sus conclusiones son claramente distintas, y ninguno de los dos nombran directamente un enfoque psicosocial. Sin embargo, en el acercamiento a sus postulados teóricos es posible encontrar unas relaciones entre individuo y sociedad que permiten reflexionar en torno a dicho enfoque, lo que facilita al mismo tiempo la construcción de otras rutas de análisis sociológico que complementan la propuesta por Fromm.

Fromm (1968), Bauman (2003) y Touraine (1994), que han sido autores transversales en este estudio, identificaron un núcleo de problemas sociológicos fundamentales y le dieron un tratamiento a partir de la relación entre individuo y sociedad. Estos sociólogos reflexionan desde momentos históricos distintos, lo que permite ubicar, a partir de sus análisis, las transformaciones sociales que se han presentado en cada momento de la historia. En ellos se evidencia un problema sociológico y un análisis conceptual que presenta contenidos enriquecedores en los que se perciben relaciones en el abordaje teórico. Los autores, desde marcos de comprensión teórica diferentes, construyen rutas posibles para interpretar la sociedad de su época. De esta manera, en los tres autores es posible observar un proceso de desarrollo de los conceptos que no son estáticos, sino que apelan a situaciones históricas específicas. Si bien Fromm se preocupa e interesa sociológicamente por problemáticas propias de su época a las cuales se acerca a partir de su propuesta teórica, se puede observar que, con

los cambios y transformaciones propias y necesarias para la sociedad contemporánea, sus conceptualizaciones siguen teniendo vigencia y relevancia bajo otras formas modernas de organización social. De acá que el desarrollo de este trabajo haya implicado una *Sociología de la sociología*, permitiendo observar cómo las discusiones disciplinares contemporáneas, permeadas por cambios necesarios y propios para la época, se pueden leer y comprender a la luz de algunas consideraciones teóricas que autores previamente ya se habían planteado. Así pues, el punto de llegada sociológico revela que la discusión en torno a la construcción interdisciplinar de un enfoque psicosocial va más allá de un momento fijo y una corriente de pensamiento específica, es un proceso histórico que implica transformaciones, dinamismos constantes -propios de cada época- y reflexiones interdisciplinarias en las que dialoguen las diversas ciencias del saber.

4. A modo de cierre

“Todo individuo existe en una red de relaciones y todo colectivo está compuesto por individuos”

(Navarro, 2012, p. xiii).

Frente al objetivo general que guio esta investigación y para reflexionar en torno a la dialéctica entre individuo y sociedad y la importancia de concebir sociológicamente al ser humano en la construcción de un enfoque psicosocial, esta investigación se desarrolló en dos momentos, los cuales conversan entre sí. El primero presentó los conceptos de Erich Fromm y resaltó su pertinencia para la reflexión sociológica. El segundo retomó las nociones presentadas por Fromm y las puso a dialogar con representantes sociológicos de la contemporaneidad, analizando la actualidad de tales conceptualizaciones y su contribución para la comprensión de la situación actual.

En el primer momento de esta investigación, apoyada en Fromm (1968), se presentaron una serie de conceptualizaciones y análisis de carácter sociológico y psicológico para comprender la articulación sociología y psicología, individuo y sociedad. Puesto que el autor en tanto sociólogo y psicólogo se cuestionó por la interdisciplinariedad y la construcción de un enfoque psicosocial en el abordaje del ser humano que canjeara la distancia infranqueable que usualmente se encuentra en el ejercicio sociológico para la concepción del individuo y la sociedad. Aunque son diversas las miradas teóricas sociológicas y psicológicas que poco admiten tal interdisciplinariedad y, en su lugar, se generan desencuentros conceptuales en torno a tal vinculación, los postulados teóricos de Fromm permitieron comprender y concluir que irremediablemente, se debe recurrir a la relación entre la sociología, la psicología en general y a su campo social en particular, y al Psicoanálisis, lo que denota una necesaria interdisciplinariedad al momento de reflexionar en torno a la construcción de un enfoque psicosocial, que contemple el amplio entramado social y permita entretejer comprensiones que admitan la coexistencia de la lógica binaria que nos es propia: lo social y lo individual. Así pues, de manera inseparable se relacionan dialécticamente las miradas sociológica y psicológica, y con ellas, el vínculo entre individuo y sociedad.

Para Fromm (1968), el alcance de las consideraciones psicológicas con respecto a la escena contemporánea son fundamentales en tanto el individuo con su subjetividad es el fundamento del proceso social. Desde una mirada simultáneamente sociológica, psicológica y psicoanalítica, el sujeto está inmerso en un entramado de relaciones individuales y sociales que se articulan encontrando tanto objetos internos como externos que le permiten hacer lazos sociales y desarrollarse culturalmente. Hallando en esta vinculación contradicciones, puntos de encuentro y desencuentro, que se pueden evidenciar en los cuestionamientos de Marx y Freud, que al mismo tiempo son muy propios de la Escuela de Frankfurt: ¿Es el capitalismo el sistema de relaciones sociales que nos hace realmente humanos?, ¿está el individuo realmente reconciliado con la sociedad? (Puerta, 2017), ¿Cuál es el miedo a la libertad, a sabiendas de que se cuenta con las condiciones materiales dadas para ella? Aunque estas preguntas se plantean desde momentos y corrientes de pensamiento diferentes, es posible encontrar en común un sujeto que, como ser individual, está inmerso en un sistema sociocultural que lo estructura, siendo así como la relación individuo - sociedad se conjuga en una perspectiva psicosocial, donde la naturaleza humana con sus temores, pasiones y miedos, es el resultado de un proceso cultural e histórico, que en su constante construcción social se configura y reconfigura.

Así pues, la dialéctica entre individuo y sociedad no es de carácter estático, “no acontece como si tuviéramos por un lado al individuo dotado por la naturaleza de ciertos impulsos, y por el otro a la sociedad que, como algo separado de él, satisface y frustra aquellas tendencias innatas” (Fromm, 1968, p. 34). Si bien éste ha sido el énfasis y el tratamiento que durante mucho tiempo se le ha otorgado, el diálogo entre individuo y sociedad es necesario en la comprensión psicosocial del ser humano, para quien sus decisiones, posibilidades y limitaciones le señalan que puede ser “tan libre” que tema a su propia libertad o tan autónomo para elegir el libre desarrollo de su individualidad; cualquiera que sea su elección no estará exento de la consideración de los aspectos psicológicos, la base material de la existencia humana, la estructura económica, política y social de la colectividad. En esta dirección, Fromm (1968) refiere que el desarrollo y la realización de la libertad positiva y de la individualidad se vinculan con los cambios económicos y sociales que facilitan al hombre llegar a ser libre, realizando su yo. Así pues, en la comprensión de la dinámica del proceso social se deberán contemplar y entender los procesos psicológicos que operan dentro del individuo, del mismo modo

que para comprender al sujeto se le deberá observar en el marco de la cultura que lo moldea y contiene.

Esta dialéctica individuo y sociedad y la construcción de un enfoque psicosocial que claramente se observa con Fromm, participa en las reflexiones sociológicas clásica y contemporánea y propone nuevas rutas de comprensión a situaciones específicas de la sociedad, a través de autores representativos que conversan con el momento actual de la interpretación sociológica. Por esto se considera que, al día de hoy, es importante retomar la obra de Fromm y seguir el hilo conductor de sus teorizaciones en aras de vislumbrar nuevas rutas de análisis e interpretación sociológicas para situaciones contemporáneas.

Así pues, en un segundo momento de esta investigación el análisis realizado con Bauman (2003) y Touraine (1994) permite concluir que la sociedad contemporánea dominada por la producción, el consumo y la comunicación de masas tiende a reducir la posibilidad del individuo de ser libre, de llevar a cabo el normal desarrollo de su libertad, de su individualidad y de su yo. Puesto que la lógica del mercado induce al ser humano a desempeñar papeles que otros previamente ya definieron para ellos, a encontrar nuevos mecanismos de evasión y obediencia a un líder, lo que podría remitir a pensar en la configuración de una nueva forma de personalidad autoritaria. Estos son mecanismos contemporáneos de dependencia, diferentes de la forma de las sociedades modernas que se veían anteriormente con Fromm (1968), donde el sometimiento del individuo a normas y regímenes autoritarios eran agresivos. Vemos que las maneras que priman hoy en día son tan temibles como las que existieron en la época fascista, que, aunque menos coercitivos y apremiantes, resultan ser procesos igualmente dominadores, controladores que someten al individuo a ser una réplica y una fiel copia de lo que el mundo del mercado cada vez más proliferante determina. Estos mecanismos poseen un significado cultural y su comprensión constituye una premisa necesaria del análisis psicológico de los fenómenos sociales: el régimen fascista por un lado y la democracia moderna por el otro.

Estos diversos mecanismos que trae consigo la modernidad permiten pensar en nuevas formas de personalidad autoritaria, que, con su trasfondo sociológico y psicológico, controlan al individuo hasta el punto de volverlo un ser de consumo, donde la lógica misma del mercado piensa y actúa por él. De ahí la importancia de volver a un

diálogo consciente y continuo entre individuo y sociedad, puesto que “acabamos de vivir las catástrofes producidas por la modernización autoritaria impuesta por estados totalitarios, sabemos que la creación del sujeto, figura central de la modernidad, sólo es posible si la conciencia no separa el cuerpo individual de los papeles sociales” (Touraine, 1994, p. 210).

En este trabajo, las perspectivas social e individual se abren invitando a encontrar en ellas un par dialéctico en la comprensión sociológica y psicológica del sí mismo y del mundo. Desde un enfoque psicosocial, relacionar ambas miradas de manera inseparable permite observar, reflexionar, analizar y seguir pensando en torno al establecimiento de vínculos en términos sociológicos ligados a un proceso de rigurosidad científica de las Ciencias Sociales, donde las condiciones sociales ejerzan influencias sobre los fenómenos ideológicos a través de la estructura del carácter y donde éste, a su vez, no es el resultado de una adaptación pasiva a las condiciones sociales, sino una adaptación dinámica, que se realiza sobre la base de elementos biológicamente inherentes a la naturaleza humana o adquiridos como resultado de la evolución histórica (Fromm, 1968).

Con lo anterior, este trabajo, en su interés por establecer una articulación entre individuo y sociedad a partir de Fromm, y en la construcción de un diálogo entre aquél, Bauman y Touraine, permite concluir que estos autores han realizado apuestas que, aunque desde momentos históricos diversos, confluyen y son complementarias en la comprensión del entramado de la modernidad. Ellos tratan de unir, a su manera, aquello que se ha separado en la historia de la modernidad y que ha generado la ruptura entre el individuo y la sociedad, tradicionalmente considerados como entidades separadas e independientes, incluso, en algunos casos, como nociones opuestas. De acá, entonces, que propendan por la articulación de la individuación y la colectividad, generando cada uno un debate y una forma de negociación y comprensión entre el individuo, el bien colectivo, el mundo y la naturaleza. A su vez, esta es una de las apuestas de la Teoría Crítica: tratar de vincular y propiciar un lugar de encuentro y diálogo entre el individuo y lo social, entre lo público y lo privado, que llevados a un contexto contemporáneo irremediablemente nos permiten cuestionarnos cómo han participado las discusiones colombianas al respecto.

Así pues, la realización de esta investigación plantea y sugiere otras rutas posibles de estudio sociológico que dada la pertinencia de este enfoque consideren el ámbito colombiano reflexionando en torno a las formas particulares y tan vigentes de evasión de la libertad, de sumisión a nuevos líderes y la concepción entre individuo y sociedad. Se abre, entonces, una vía sociológica para cuestionarse por la configuración y formación de una tendencia, una dinámica y una idea de liderazgo y personalidad autoritaria en Colombia como mecanismo de agresión y subordinación.

Igualmente, cabe mencionar que uno de los cuestionamientos que ha sido recurrente en torno a lo psicosocial es que ha sido una categoría amplia desde la cual diversas disciplinas a nivel individual y social emprenden procesos en los que a veces se desvirtúan sus límites, alcances y posibilidades teóricas y de intervención. En consonancia con lo anterior, este trabajo se convierte en una posibilidad para seguir reflexionando y construyendo desde una perspectiva interdisciplinar que integre lo sociológico y lo psicológico y genere nuevo conocimiento ampliando los marcos de comprensión e intervención integral a diversidad de fenómenos y problemáticas psicosociales de gran relevancia. Es oportuno señalar que la comprensión sociológica que de esta investigación se ha derivado sobre lo psicosocial es la dialéctica individuo y sociedad, que resulta ser más vasta y brindar un espectro más amplio de comprensión y diálogo que las que quizá inicialmente se consideran desde otras apuestas teóricas predominantes hasta el día de hoy.

Con todo lo anterior, esta investigación se convierte en una puerta que se abre para seguir pensando estos temas de interés clásico y contemporáneo, de carácter individual y social a partir de una interdisciplinariedad posible desde un enfoque psicosocial que participe en el actual debate sobre la relevancia de un paradigma interdisciplinar que plantee y proponga nuevas vías de comprensión a los fenómenos y problemáticas tradicionales y actuales de la sociología.

Referencias

- Adorno, T. Brunswik, E. Levinson, D. y Sanford, R. (1965). *La personalidad autoritaria*. Argentina: Editorial Proyección.
- Adorno, T. (2004 [1953]). Individuo y organización. En: *Escritos sociológicos. Obra completa 8*. Madrid: Akal. Pp. 412-426.
- Bauman, Z. (2003). *La modernidad Líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Carmona, J. (2013). ¿Qué es lo psicosocial? Una urdimbre transdisciplinar de cinco madejas. *Revista Complejidad*. N° 19, 1-15 Recuperado de <http://www.umng.edu.co/documents/10162/36124/Revista+Complejidad+19-+Abril+++Junio+2013.pdf>.
- Comte, A. (2006). *La Filosofía positiva*. México: Editorial Porrúa.
- Doise, W. (2011). *Tensiones y explicaciones en psicología social experimental*. Recuperado de: https://www.jstor.org/stable/3540264?seq=1#page_scan_tab_contents
- Durkheim, E. (1988). *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Elias, N. (1990). *La sociedad de los individuos. Ensayos*. Barcelona: Península.
- Evans, D. (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis Lacaniano*. Argentina: Ediciones Paidós.
- Freud, S. (1927 [1931]). El malestar en la cultura. En: *Obras completas, Vol. XXI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, A. (1961). *El yo y los mecanismos de defensa*. Barcelona: Paidós.
- Freud, S. (1976). El yo y el ello (1923). Vol. 19. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fromm, E. (1962). *MARX y su concepto del hombre*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fromm, E. (1968). *El miedo a la libertad*. Argentina: Paidós.
- Galeano, M. (2004). *Estrategias de investigación social cualitativa. El giro en la mirada*. Medellín: La Carreta.
- Gutiérrez, A y Sánchez, L. (2009). *Planeación para el desarrollo del territorio: perspectiva contemporánea*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Ghiso, A. (s.f). Formas y tipo de investigación. Primera parte. Documentos de trabajo. Curso de investigación social. Recuperado de:

http://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:TPy9oW3lejkJ:aprendeelinea.udea.edu.co/lms/moodle/file.php/727/Formas_y_Tipos_de_investigacion.doc+&cd=5&hl=es&ct=clnk&gl=co

- Horkheimer, M. (1973). Sobre el concepto de la libertad. En: *Teoría Crítica*. Barcelona: Barral Editores. Pp. 181-192.
- Horkheimer, M. (2003). Autoridad y familia. En: *Teoría Crítica*. Buenos Aires: Amorroutu. Pp. 76-149.
- Lacan, J. (1983). *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica: Seminario 2*. Barcelona: Paidós.
- Lopera, J. Manrique, H. Zuluaga, M y Ortiz, J. (2010). *El objeto de la psicología: el alma como cultura encarnada*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Mahler, M. (1977). *El nacimiento psicológico del infante humano*. Buenos Aires: Ediciones Marymar.
- Mannheim, K. (1963). *Ensayos sobre sociología y psicología social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. (2013 [1844 - 1932]). El trabajo enajenado. En: *Manuscritos de economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial. Pp. 132-151.
- Mesa, C. (1999). La adolescencia: un momento de vacilación. En: *¿Adolescencia o adolescencias? Representaciones y contextos*. Medellín: Instituto Jorge Robledo.
- Moreno, B. (2007). *Psicología de la personalidad*. España: Thomson.
- Navarro, O. (2012). *Psicología social. Temas, teorías y aplicaciones*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Peláez, G. (2014). El psicoanálisis, ¿Hoy como ayer? En Palacio, M. (Ed) *El psicoanálisis en Nuestro Mundo* (pp. 103-109) Medellín: Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano- ALN (EPFCL-ALN)
- Peláez, G. (15 de febrero de 2017). Materia: Teoría Crítica Escuela de Frankfurt. Unidad I. Fundamentación de la Escuela de Frankfurt – Marx y Freud. Sesión sobre los fundamentos teóricos de Sigmund Freud. (Audio).
- Puerta, S. (13 de febrero de 2017). Materia: Teoría Crítica Escuela de Frankfurt. Unidad I. Fundamentación de la Escuela de Frankfurt – Marx y Freud (Audio)
- Plaza, O. (2014). *Teoría sociológica. Enfoques diversos, fundamentos comunes*. Perú: Fondo editorial Universidad Católica del Perú.
- Pichot, P. López, J. Aliño, I. y Valdés, M. (1995). Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM,). Recuperado de: <http://www.mdp.edu.ar/psicologia/psico/cendoc/archivos/Dsm-IV.Castellano.1995.pdf>

- Ritzer, G. (2000). *El encanto de un mundo desencantado: revolución en los medios de consumo*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Skinner, B. (1975). El conductismo a los cincuenta. En G. Fernández Pardo y L. F. S. Natalicio (Eds.), *La ciencia de la conducta* (pp. 111-132). México: Trillas.
- Touraine, A. (1994). *Crítica de la modernidad*. México: Fondo de cultura económica.
- Vidal, T. y Pol, E. (2005). La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares. *Anuario de Psicología*, 36(3),281-297. Recuperado de: <http://revistes.ub.edu/index.php/Anuario-psicologia/article/view/8593>
- Watson, J. (1913). Psychology as the behaviorist views it. *Psychological Review*, 20 (2) p. 158-177.
- Weber, M. (1969). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México: Fondo de cultura económica.